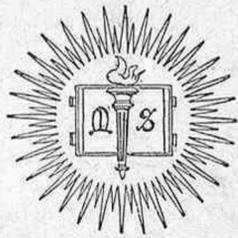


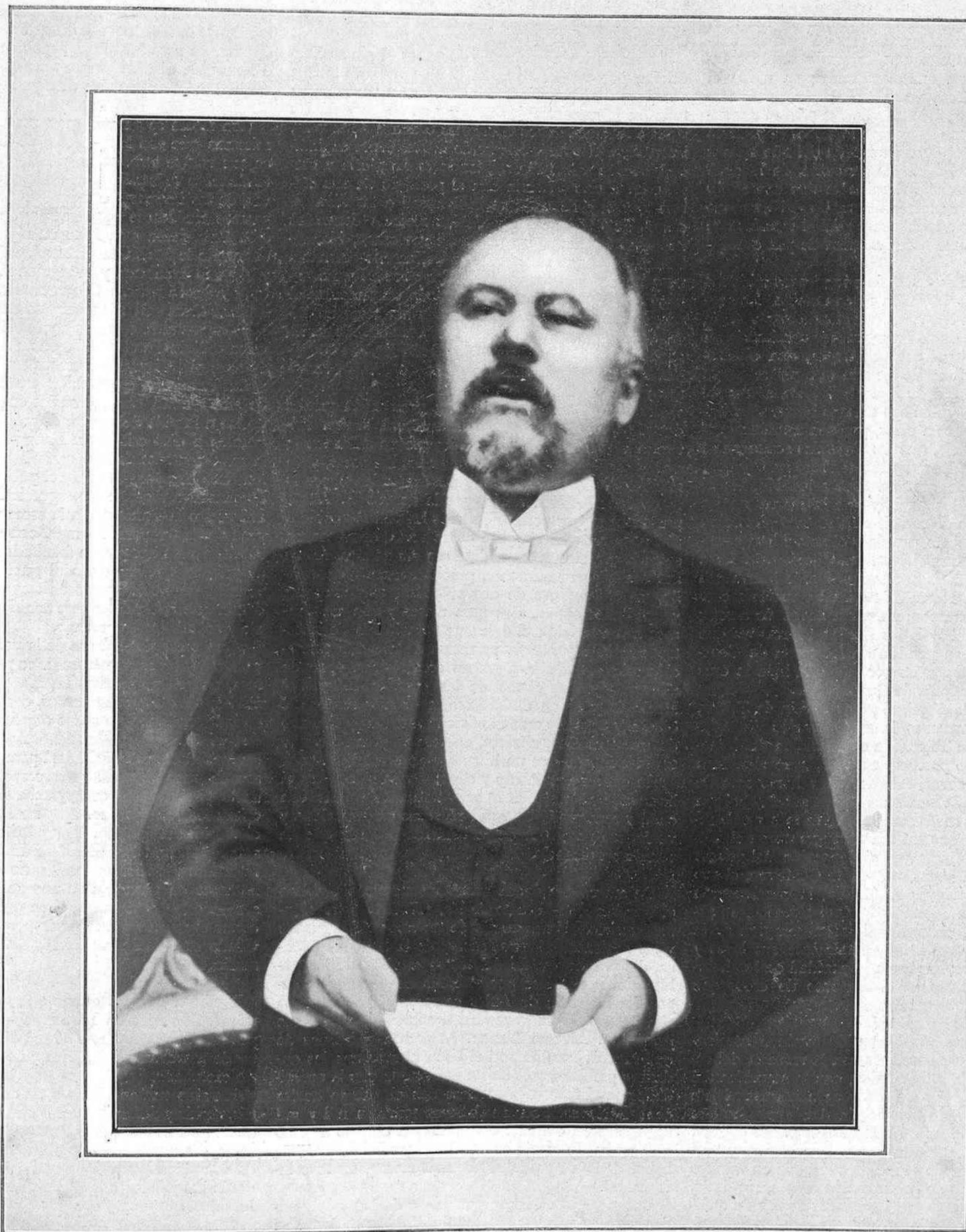
# La Ilustración Artística



Año XXXII

BARCELONA 27 DE ENERO DE 1913

Núm. 1.622



RAIMUNDO POINCARÉ

nuevo presidente de la República francesa elegido por la Asamblea de Versalles el día 17 del actual

(De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

## SUMARIO

**Texto.** — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La historia del tío Juan*, por Francisco Iribarne. — *Elección del nuevo presidente de la República Francesa*. — Barcelona. *La Sociedad Coral de Bilbao*. — *Crónica extranjera*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). — *Notas marroquíes*. — Madrid. *Monumento de Venezuela*. — *El Sr. Castro, expresidente de Venezuela, en Nueva York*. — *Transmisión de la fotografía a grandes distancias*. — *Libros enviados a esta Redacción por autores o editores*.

**Grabados.** — *Raimundo Poincaré*. — Dibujo de Carreres, ilustración a *La historia del tío Juan*. — *Versalles*. *El Sr. Dubost, presidente de la Asamblea*. *El público*. — París. *Palacio del Elíseo* (lámina). — Barcelona. *La Sociedad Coral de Bilbao* (cuatro fotografías). — *Aristides Briand*. — *María Rosa Remolque*, cuadros de Juan Martínez Abades. — *La Madona bajo la encina*, cuadro de Rafael Sanzio. — *Notas de Barcelona, Marruecos y Madrid*. — *El expresidente de Venezuela Sr. Castro en Ellis Island*. — *Afaro y película fototelegráficas Belin*. — *Eduardo Belin en su laboratorio*. — *La masía*, cuadro de Luis Cabot y Negrevernís.

## DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

De rigor es, al abrir la primera crónica del año, saludar al recién venido y meditar un momento sobre su horóscopo. Cada una de esas porciones, naturales o artificiosas, que nos sirven para medir el tiempo, viene preñada de misterio, de tragedia acaso, de gloria inmarcesible tal vez. De aquí el supersticioso terror que nos sobrecoge al poner la primera fecha y al llenar la primera cuartilla del año nuevo: terror de lo incierto, de lo desconocido, de lo oculto; terror de la potencia formidable que late en las entrañas del destino; terror del mal y del bien que se incuban, próximo a revelarse y salir al exterior con fragores de cataclismo o con arrullos de paz evangélica...

La herencia que este año de 1913 ha recogido del anterior no es muy saneada ni envidiable. La guerra ha asomado su lívida faz por el continente de la vieja Europa y ha venido a promover una honda alteración del mapa político. Una raza, una civilización, un ideal religioso de los que más violentamente han conmovido a la humanidad encuéntrase ahora en la agonía y dan sus últimas boqueadas. Estamos acostumbrados a creer, por una estrecha concepción de la historia, que las Cruzadas acabaron ya hace siglos, que la Reconquista terminó en Granada hace poco más de cuatrocientos años. No. En el flujo y reflujo de los pueblos, en la marea de las grandes invasiones de continentes, nada acaba de un modo brusco. El siglo pasado y el actual han continuado la lucha contra el islamismo llevándola fuera de los antiguos límites nacionales. Desde Marruecos a Egipto, todo el Norte de África ha vuelto a caer bajo el dominio europeo; y esa ola acaba de arrojar a los confines del Asia las hordas triunfantes que asentaron un día su pendón en las torres de Constantinopla y substituyeron por la media luna la cruz que coronaba la cúpula de Santa Sofía.

La conquista de Argel, el protectorado de Túnez, el reparto de Marruecos, la mediatización de Egipto, la sumisión de Trípoli, la desaparición del imperio otomano como potencia europea, ¿qué significan sino capítulos nuevos, sangrientos y horriblos de la lucha comenzada hace más de mil años? ¿Qué son estos combates y modernas campañas más que la repercusión de los que un día ensangrentaron el Mediodía de Europa, más que prolongación del mismo impulso que guió a las huestes de Clodoveo, el eco del Salado y las Navas de Tolosa, la continuación de Lepanto o las Pirámides? ¿Qué significa, en suma, más que la continuidad ininterrumpida de la historia, que va cumpliendo fatalmente sus leyes y sus designios y se impone a la vanidad de los hombres, ensoberbecidos hasta el punto de creer que todo lo rigen y gobiernan?

En España, este año ha tenido también comienzos verdaderamente inauditos con la retirada del señor Maura el día 1.º de enero, con la asamblea del partido conservador ratificando su confianza al jefe dimisionario, con la visita del Sr. Azcárate y las que se anuncian de otros republicanos a S. M. el Rey, que parecen indicar una nueva orientación y casi una descentración de la política seguida en nuestro país desde el grito de Sagunto. No faltará, sin duda, el Quevedo que trace estos «grandes anales de quince días», si todo ello no viene a quedar en agua de cerrajas o no ha sido abultado por nuestro énfasis y meridionalismo.

De todas maneras la índole de estas crónicas, impuesta por la de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no nos permite evocarlos más que como pintura del ambiente y del momento en que inauguramos nuestra tarea, como fondo en que vienen a destacar otras

novedades y sucesos más en consonancia con los fines de nuestra publicación: el arte, las ideas, la cultura, la vida de Barcelona. He aquí algunos de esos temas: el homenaje a Vallmitjana, la muerte de Aulés, la reaparición de la Barrientos.

El ilustre escultor D. Venancio Vallmitjana merece hace tiempo el tributo de admiración y gratitud que, por generosa iniciativa del bueno, del excelente Federico Rahola y de la revista *Mercurio* que dirige, se le dedicó en el salón de actos públicos de la Cámara de Comercio, en el primer piso de la Casa Lonja de Mar. Vallmitjana fué uno de los primeros nombres que salieron fuera de Cataluña y llevaron a todas las regiones españolas y a muchas partes del extranjero, la revelación y el lustre de Barcelona en sus preludios de gran ciudad. Trátase de un apellido glorioso que inaugura el nuevo ciclo, después de la esterilidad prolongada que sucedió al de Campeny y que viene asociado a la primera fase del crecimiento urbano de nuestra población, a los días del Ensanche y de los Parques y Jardines de la Ciudadela, al nacimiento de la nueva estatutaria civil aplicada a la glorificación de hechos y personajes de la historia de Cataluña.

De mí sé decir, que antes de poner el pie en Barcelona, por primera vez, hace algo más de treinta años, matriculado al primer curso de mi carrera, ya traía en la memoria ese nombre como uno de los cinco o seis que, en los diferentes órdenes de la vida, integraban el estado mayor de la incipiente capitalidad, atraían sobre ella resplandores de gloria y empezaban a ennoblecerla con el prestigio de una cultura juvenil y llena de savia. Merced a las divulgaciones de la fotografía y de las revistas ilustradas nos eran familiares no pocas de sus obras, bien se tratase de las que nacieron como elemento ornamental y de encargo para los edificios que se iban construyendo entonces, bien de las que obedecieron al propósito directo y puro de realizar un tema artístico, de expresar y traducir una inspiración. *La Belleza dominando a la Fuerza*, *La Tradición*, *La Tragedia*, *Figaro*, constituían imágenes de todos conocidos y recordadas.

Perteneció Vallmitjana a una generación menos compleja, sutil y exigente que la actual, menos cultivada y trabajada, si se quiere; que no sabía tanto; que ignoraba a veces cómo se hacen las cosas, pero que *las hacía*, distinguiéndose en su trabajo por la fuerza, por la abundancia, por la extensión. Ahora poseemos mayor perfección, más habilidad y sabiduría, pero recayendo sobre cosas nada consistentes, sobre inspiraciones desmedradas y sin asunto. Ahora acabamos premiosamente, preciosamente un sonetillo, un bajorrelieve de dos pulgadas, una sanguina y quedamos extenuados para meses y aun provocamos con esta labor el delirante entusiasmo de nuestro cenáculo y *cóterie*. Mientras de aquella generación salían *Atlántidas*, grupos escultóricos, cosas de aliento. ¿Que se abusó de las grandes balumbas? Nadie lo pone en duda. Pero, ¿se abusa menos del bibelotismo, del «medallonismo» artístico y literario de nuestros días, efímero, enclenque y casi siempre sin más asunto que un lirismo vago e insalubre?

En extremo merecido y oportuno ha sido, pues, el homenaje al viejo escultor, símbolo de toda una edad y renacer de las artes plásticas en Barcelona y verdadero precursor de la brillante pléyade que ha venido a sucederle.

De esa misma época evoca un recuerdo vivísimo el nombre de Eduardo Aulés, fallecido hace algunas semanas. Un recuerdo de los años de la *gatada* y las sociedades humorísticas, de la bohemia poética, del primer vagido del teatro catalán, de las publicaciones satíricas por el estilo de *Un tros de paper*. La biografía de Aulés corresponde de derecho al veterano de su generación, sobreviviente de ese grupo, D. Alberto Llanas. Él podría referirnos de qué manera combinaron el buen humor con las andanzas políticas, y el chiste imagoable con la necesidad, y las farsas más audaces con el peligro de las conspiraciones. Podría referirnos también mil y mil anécdotas en extremo divertidas del curioso ingenio que acaba de morir en edad avanzada, después de haber dado a su vida el giro más incongruente e inverosímil.

Porque, ¿no es incongruencia, y de las más grandes, que el salado redactor de *Un tros de paper*, el autor de *Cel rogent*, *Cap y cua* y *Lo diari ho porta*, el protagonista de tantas hazañas estudiantiles, de tantas faccias literarias, de tantos episodios de la vida bohemia, fuese a parar a la magistratura, y que administrara justicia en Cárdenas o no sé dónde de la isla de Cuba, y defendiese más tarde los derechos de la sociedad ultrajada por los criminales en con-

cepto de representante del Ministerio Fiscal, allá en Filipinas?

Y, no obstante, es la verdad. Encontrándose aquí, en Barcelona, sin posición holgada — ni no holgada casi —, a pesar de su talento, se le ocurrió dirigirse, allá por 1870, a D. Víctor Balaguer, ministro de Ultramar en aquellas fechas, exponiéndole su situación. Balaguer y Aulés no se conocían personalmente, mas ello no fué óbice para que el primero atendiera al segundo mandándole una credencial de juez de primera instancia con destino a las Antillas. Y en la carrera perduró, siempre con cargos ultramarinos, hasta que se acabaron las colonias, los ministros de Ultramar y la posibilidad de que dispensaran su protección a los ingenios sin otro arrimo.

No fué Aulés, ciertamente, una figura de primer orden en nuestro teatro ni se distinguió por el arte de componer comedias aparatosas y de pretensiones; pero no se puede negar que con sus picecillas, que a menudo no pasan de diálogos versificados, dejó un recuerdo más vivo que otros comediógrafos asiduos, autores de obras en tres actos y asistidos de un gran bagaje o repertorio. Y es que había en él un versificador lleno de gracejo, chispeante de veras y que en medio de la tendencia menestral y chabacana de su época, aun para las burlas supo adoptar una relativa e innegable distinción que apenas se halla en otras manifestaciones teatrales de aquel tiempo.

Con Aulés se va una gran parte de este tiempo, mientras que con la aparición de la Barrientos parece que vuelve otro, casi olvidado ya: el tiempo de la fascinación *belcantista*, el tiempo de las grandes divas, de las inmensas ovaciones delirantes, de los espasmos melódicos y, en suma, de aquella conmoción filarmónica que, hace un siglo, esparcieron por el mundo la Barilli, la Catalani, y después la Mosca, y luego la Malibran, y en seguida la Nilson y por último y como remate la portentosa y divina Patti, ilustre señora casi nonagenaria a estas fechas, a quien Dios conserva la existencia y le concede el placer de verse rediviva, a sí propia y a su arte, en la persona de nuestra brillantísima compatriota.

Las funciones organizadas en el Teatro Principal de esta ciudad, con las cuales empieza su *tournee* y vuelve a la vida del canto, dejarán larga memoria en cuantos a ellas asistieron. La impresión causada por la gran cantante fué de maravilla y de paroxismo. En vano han pasado sobre el público treinta años de ópera nueva y veinte de wagnerianismo irreductible. Ha vuelto la Barrientos a la escena, y ha vuelto, después de su temporal retirada, con una madurez, una plenitud y un apogeo de facultades así nativas como adquiridas, que ha dado al traste con toda la prevención acumulada por ese tiempo de música nueva, con la que había de causar también su limitado, rancio y sobadísimo repertorio.

¿Qué prestigio será ése de la voz humana que, llevada a la suprema cumbre de su perfección y hermosura, embelesa, deleita, fascina y embriaga por sí misma, sin otros aditamentos, como elemento estético independiente, no como órgano puesto al servicio de distinta y externa finalidad? Así fueron de triunfales esas noches del Principal para la Barrientos y así son de encomiásticos y fervorosos los comentarios de la gente en sus conversaciones privadas y de la crítica en sus reseñas. No; no hay en ello exageración ni mixtificación. Tales éxitos no pueden ser amañados. La unanimidad sin discrepancias y el tono intensísimo de los encomios, no dan lugar a duda. Estamos en presencia de uno de esos lumineros del arte — de la voz humana, si se quiere — que va a recorrer el mundo y a esparcir por él un asombro olvidado casi desde los áureos días del romanticismo musical.

Y ahora debiera cerrar este resumen de los comienzos de 1913 en Barcelona hablando de la despedida de otra catalana ilustre, Margarita Xirgu, antes de marcharse a América y de consagrarse al teatro castellano.

Ha sido una aparición la de esta sorprendente actriz, rápida y deslumbradora como ninguna. Cuestión de dos o tres años, casi de meses. Porque desplegarse en ella una fuerza genial y oculta y llegar en seguida a la plena intuición, y casi a la plena reflexión y desde luego a la completa realización del gran arte, ha sido todo uno.

Ahora acaba de recibir de nuestro público, en estas tres funciones de despedida, tales muestras de entusiasmo y aclamación que bien a las claras dicen cuánto perdemos aquí, cuánto pierde la desventurada escena catalana, y cuánto de gloria y provecho le espera a la joven trágica en los nuevos escenarios que va a pisar.

MIGUEL S. OLIVER.

## LA HISTORIA DEL TÍO JUAN, POR FRANCISCO IRIBARNE, dibujo de Carreres



... y ella fué a sentarse, envuelta en su mantón, cerca de la cama

Todos mis recuerdos infantiles aparecen hoy velados, confusos, envueltos en una atmósfera casi impenetrable. Sin embargo, hay detalles, escenas que se destacan en mi memoria, con una precisión sorprendente. La figura del tío Juan la recuerdo tan bien, que podía dibujarla con un parecido exacto. Aquel pobre pariente viejo fué mi mejor amigo. Yo le quería mucho y era tan grande nuestra intimidad, que no temí nunca confiarle todos mis secretos. El tenía setenta años y yo ocho cuando nos conocimos. Lo trajeron un día a mi casa y le prepararon, provisionalmente, una habitación en el último piso, en un desván ocupado con muebles viejos que se amontonaron en un rincón para colocar una cama, una silla y una mesa de noche. Esta instalación, *provisional*, no duró más que cuatro años, los únicos que le quedaban de vida al desgraciado anciano cuando vino a formar parte de nuestra familia.

El aspecto de su habitación no era muy agradable; pero a él no le importaba mucho el color ni la forma de los objetos que le rodeaban; el pobre tío Juan era ciego. Yo le servía de lazarillo. Al volver del colegio, todos los días, iba a su cuarto a buscarle. Al entrar allí siempre me invadía una gran tristeza. La luz pasaba a través de los cristales sucios de una pequeña ventana situada cerca del techo y como yo llegaba al anochecer, la estancia enorme hallábase sumida en esa semiobscuridad en que los objetos pierden sus contornos y las sombras adquieren profundidades fantásticas. El pobre viejo me esperaba sentado en un gran sillón forrado de cuero que se mantenía aún en pie por milagro. Junto al sillón estaba la cama con su gran colcha encarnada; a la cabecera una pila de gran bendita y más arriba, un gran crucifijo de madera; un Cristo demacrado, pálido, de semblante doloroso, que yo nunca me atreví a contemplar de cerca.

El tío Juan conocía mis pasos. Al acercarme a él veía transfigurarse su semblante; en sus labios se dibujaba la más afectuosa sonrisa; pero sus ojos continuaban muertos, impenetrables, sin luz; aquellas pupilas inmóviles parecían mirar otro mundo lejano que sólo él podía descubrir. Yo hubiera querido no ver

sus ojos; pero ellos me atraían de un modo irresistible para hacerme sufrir.

Aguardaba, siempre, para levantarse que yo le diera la mano e incorporábase con ese movimiento prudente de los ciegos, con esa lentitud cautelosa que caracteriza todos sus ademanes.

Descendíamos, entonces, por una estrecha escalera y después de cruzar la galería, siempre oscura, llegábamos al comedor. Allí nos sentábamos junto a una gran ventana en la cual formaban un poético enrejado las hiedras y las campanillas. Esto no podía verlo mi desgraciado amigo y su ceguera me hacía sufrir. Aquella ventana es una de esas cosas inolvidables. A través de su cortina prodigiosa pasaba la luz de la luna y las hojas recortaban su sombra en el suelo formando fantásticos dibujos. De cuando en cuando una ráfaga de aire perfumado de azahar y heliotropo hacía dilatar mis narices con deleite. Nos hallábamos muy bien junto a la ventana; tan bien, que yo me dormía en seguida oyendo las historias fabulosas que me contaba el tío Juan, dando a su voz inflexiones en armonía con los incidentes del relato.

Entre todas estas historias yo prefería la del caballero Roldán y los doce pares de Francia. Era un cuento inacabable que había que comenzar de nuevo todas las noches porque el día anterior me dormí y no me acordaba bien dónde nos quedamos.

Yo comenzaba a escuchar con mucha atención, pero luego mis ojos se entornaban; la heroica figura de Roldán desaparecía por instantes de mi imaginación y la voz monótona del tío Juan sonaba cada vez más lejos, hasta extinguirse por completo.

Al dar las diez en el reloj de una iglesia vecina, mi bondadoso amigo, que había suspendido su relato al oírme roncar, me despertaba para que le llevara de nuevo hasta su cuarto. Yo no me atrevía a decir nada, arrepentido ya de la falta imperdonable que acababa de cometer. «Esto está mal, pensaba, mañana procuraré no dormirme», y a la noche siguiente sucedió lo mismo.

Una vez, sin embargo, permanecí atento y desvelado; fué cuando él me contó su historia. Aquel día,

al ir a buscarle, me sorprendió mucho verle en pie en medio de su cuarto. Noté en él algo extraordinario. Al coger su mano para conducirlo, ésta temblaba convulsivamente.

Llegamos junto a la ventana y no me atreví a suplicarle que comenzara de nuevo la narración interrumpida. Pasó un largo rato en silencio.

— ¿Está usted enfermo?, me preguntó.

— No, hijo mío, me respondió en tono cariñoso. Esta noche voy a contarte un cuento mucho más bonito que los otros. Es una historia muy triste; algo que yo he visto con mis propios ojos, antes de que Dios me castigara dejándome ciego.

— Pero usted no ha debido ser malo para que Dios le castigara, repliqué impresionado por el tono tristísimo de sus palabras.

— Sí, hijo mío; todos somos malos y ofendemos a Dios constantemente. Luego nos arrepentimos, pero ya es tarde; nuestras faltas son irremediables. Yo cuando era joven no quería más que divertirme, gozar de la vida, sin pensar en el día de mañana. Lo que ganaba derrochábalo inmediatamente. Salí de mi pueblo y recorrí el mundo buscando algo que no encontraba, algo que buscamos todos cuando somos jóvenes y que nunca se encuentra porque es un fantasma, una ilusión, una mentira. Pero esto no se comprende hasta luego, cuando ya nos hemos fatigado inútilmente; cuando han pasado los años de locura y de irreflexión.

«Tú no puedes entender lo que digo, eres muy joven aún; pero es preciso que hable con alguien de estas cosas que me martirizan constantemente.»

Yo le oía con suma atención. Sus palabras eran graves y enérgicas. Aquella noche el tío Juan hallábase transfigurado.

— Al llegar a los cincuenta años, añadió con cierta exaltación, me sentí viejo de pronto. Entonces se apoderó de mí una gran melancolía. Estaba solo, aislado, sin ningún amigo. Apoderóse de mí una especie de terror incomprensible. Era preciso que yo fundase un hogar, una familia; me pareció muy triste vivir sin ningún cariño, sin ningún afecto verdadero...

Al llegar aquí hizo una larga pausa como para ordenar bien sus recuerdos. Luego continuó diciendo:

— Volví al pueblo y me casé. Mi mujer era muy joven y muy hermosa. Yo cometí un gran error al unirme a ella. A los cincuenta años no debemos buscar una mujer joven.

»Y sucedió lo que tenía que suceder. No podíamos entendernos. Ella anhelaba cuanto veían sus ojos; quería volar, ir de un sitio a otro y yo no deseaba ya más que vivir tranquilo; mi vista hallábase fatigada del espectáculo de todas las vanidades del mundo; sabía perfectamente que no hay nada comparable a la tranquilidad apacible del hogar y que las alegrías más puras son las que se experimentan en la vida íntima de la familia.

»¿Pero podía ella saber esto teniendo diez y nueve años? ¡Imposible! Yo lo comprendí desde el primer momento. Procuré convencerla, desengañarla, explicándole de mil modos los errores de la juventud, la inconsistencia y la vanidad de la mayor parte de nuestras ilusiones; pero todo fué inútil. ¡Ella tenía diez y nueve años! Además, yo había comenzado entonces a quedarme ciego. Me faltó un día el trabajo y la miseria aumentó nuestros dolores. Cada momento nos alejábamos más uno de otro. Mi angustia era infinita. Estaba arrepentido de haber ligado a la mía la suerte de aquella criatura; pero ¡ya era tarde! ¿Qué hacer? Era preciso subvenir a nuestras necesidades. Yo tenía la obligación ineludible de hacerlo y no podía; era preciso solucionar de una vez aquel conflicto.

»Al fin me decidí. Era una tarde bastante fría de invierno; nuestros recursos se habían acabado. Aquel día se cruzaron muy pocas palabras entre nosotros. Al anochecer yo me hallaba sentado en medio de la habitación junto al brasero y ella fué a sentarse, envuelta en su mantón, cerca de la cama.

»— Me has dicho varias veces, murmuré, queriendo dar a mis palabras una entonación imposible de indiferencia, que quieres volver al lado de tus padres. Pues bien; yo he pensado que tienes razón. ¡Anda, vete!

»Hubo una pausa solemne. Ella continuó inmóvil mirando al suelo y yo insistí:

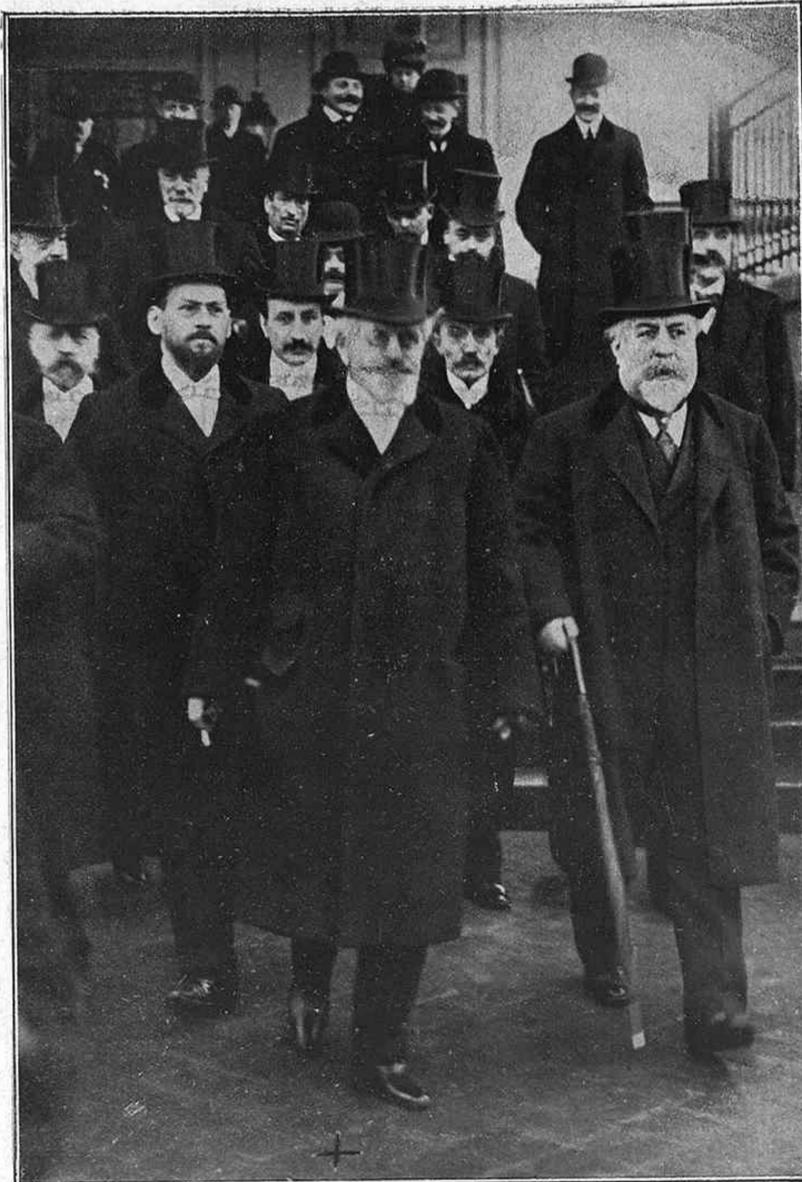
»— No lo pienses más; anda, vete.

»Después de decir estas palabras me quedé como si fuese a oír mi sentencia de muerte. Fueron unos cuantos segundos de horrible tortura; toda la sangre de mis venas afluyó a mi corazón. La vi levantarse

puedes hacer nada, cuando te hallas privado de medios de defensa... Yo no sé cómo he podido concebir la idea de un crimen semejante... ¡Perdóname..., perdóname!.. Yo no quiero dejarte nunca; yo me quedaré siempre aquí, a tu lado. La miseria no me

zos, extenuada por un trabajo superior a sus fuerzas. Como yo no podía ver la angustia de sus últimos momentos, la concebí aún más trágicamente. El mismo día que la enterraron yo vine a tu casa. Tu padre, hijo mío, había querido que yo viniera antes, pero yo no quise. Cuando tú te acercas a mí me acuerdo siempre de ella; tú tienes las manos pequeñas y delicadas como aquel ángel que yo volveré a ver muy pronto en el cielo, si Dios quiere...»

¡Pobre tío Juan! Su última aspiración debió sin duda realizarse. Las almas de los desgraciados que se aman deben encontrarse seguramente en la eternidad.



Versalles. — El Sr. Dubost (x), presidente de la Asamblea, saliendo del palacio después de la elección presidencial. (Fot. Archives du Miroir.)

#### ELECCIÓN DEL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Desde las primeras horas de la mañana del día 17 reinaba inusitada animación en Versalles con motivo de la elección presidencial. Poco antes de comenzar la sesión, el histórico palacio hallábase completamente lleno y en los alrededores del mismo una gran multitud esperaba el resultado de la Asamblea.

A la una se abrió la sesión, que presidía el presidente del Senado Sr. Dubost, y después de leídos los artículos de la Constitución pertinentes al acto, procedióse a la elección, que terminó a las tres y cuarto. Hecho el escrutinio, dióse lectura al resultado, que fué el siguiente: Sr. Poincaré, 429 votos; señor Pams, 327; Sr. Vaillant, 63; Sr. Deschanel, 18; Sr. Ribot, 16; varios, 11. No habiendo ninguno de los candidatos obtenido la mayoría absoluta, que era de 435 votos, hízose una segunda votación, de la que resultaron: el Sr. Poincaré con 483 votos y el Sr. Pams con 296. En su consecuencia, el presidente de la Asamblea proclamó presidente de la República al Sr. Poincaré.

Inmediatamente pasó éste al despacho presidencial, en donde fué felicitado por los Sres. Dubost, Deschanel y Briand en nombre del Senado, del Congreso y del Gobierno. El Sr. Poincaré contestó con un sentido discurso y después salió del palacio entre las aclamaciones de la multitud y tomando el tren especial dirigióse a París. Su primera visita fué para el Sr. Fallières, con quien celebró una entrevista cordialísima.

Ya en su domicilio, el Sr. Poincaré fué aclamado calurosamente y hubo de dirigir la palabra al público que no cesaba de vitorearle.

La elección del Sr. Poincaré ha sido acogida con verdadero entusiasmo en Francia y con grandes sim-



Versalles. — El público delante del palacio esperando el resultado de la elección presidencial. (De fotografía de Rol.)

y titubear un momento; luego se acercó a mi despacho y arrodillándose a mi lado me cogió las manos, estrechándolas entre las suyas fuertemente.

»— ¡Perdóname!, murmuró. Estoy loca..., había pensado abandonarte, dejarte solo, ahora que no

negras ideas que galopaban en mi cerebro, ejecutando en él una especie de danza macabra... Pero la alegría pasa ligera junto a los desgraciados, los mira, los sonríe y sigue su camino sin detenerse. Ocho meses después la pobrecita murió un día en mis bra-

patias en el extranjero. Su actuación al frente del ministerio, su talento indiscutible y su voluntad poderosa son firme garantía de que así en la política interior como en la exterior los intereses de Francia estarán dignamente representados. — T.

PARÍS. - EL PALACIO DEL ELÍSEO,  
RESIDENCIA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

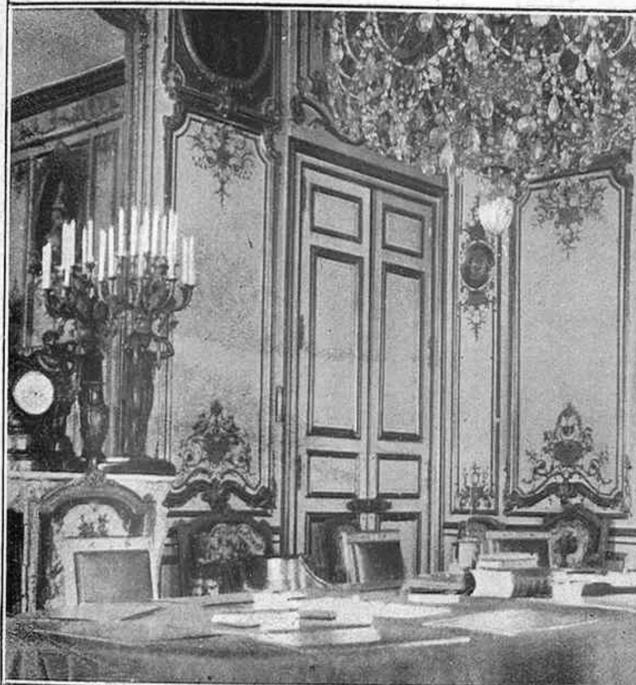
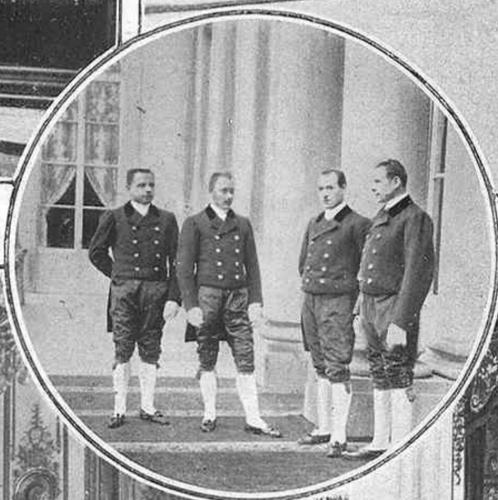
(Fotografías de Chusseau-Flaviens.)



ENTRADA PRINCIPAL DEL PALACIO



FACHADA PRINCIPAL DEL PALACIO



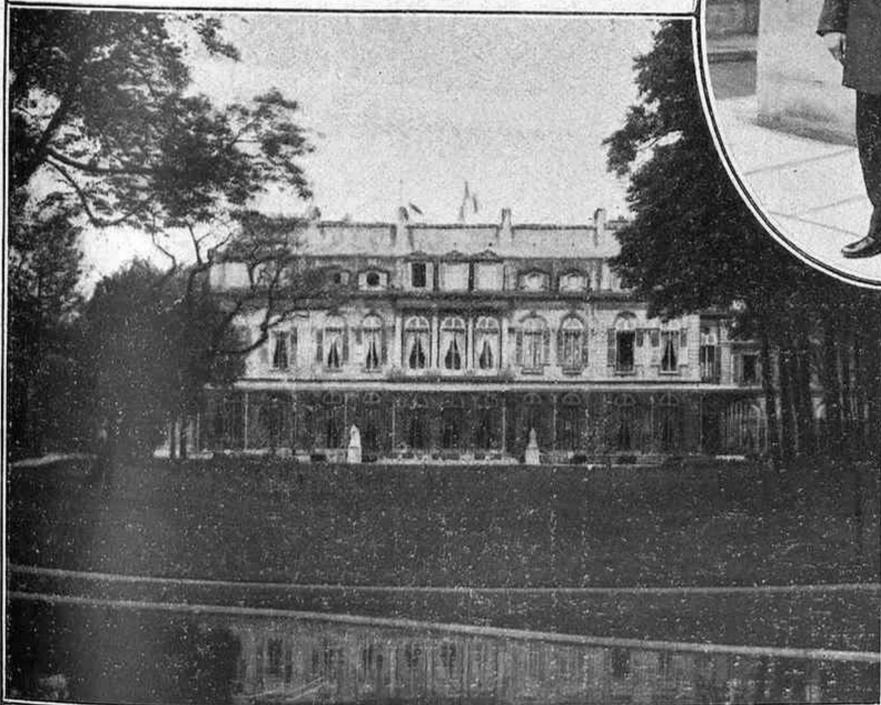
SALÓN EN DONDE SE CELEBRAN LOS CONSEJOS DE MINISTROS



LA SERVIDUMBRE. - GRAN SALÓN DE FIESTAS



UN PORTERO

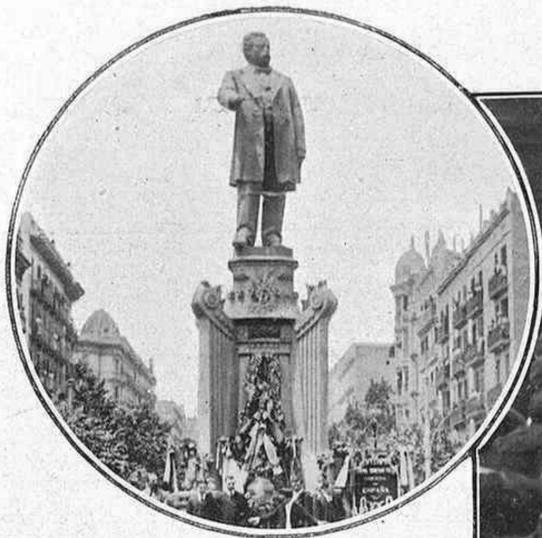


VISTA DEL PALACIO DESDE EL PARQUE



EL PARQUE DEL ELÍSEO

BARCELONA. - LA SOCIEDAD CORAL DE BILBAO



El monumento a Clavé en el momento del homenaje de la Sociedad Coral de Bilbao al gran músico catalán. (Fotografías de Brangulí.)

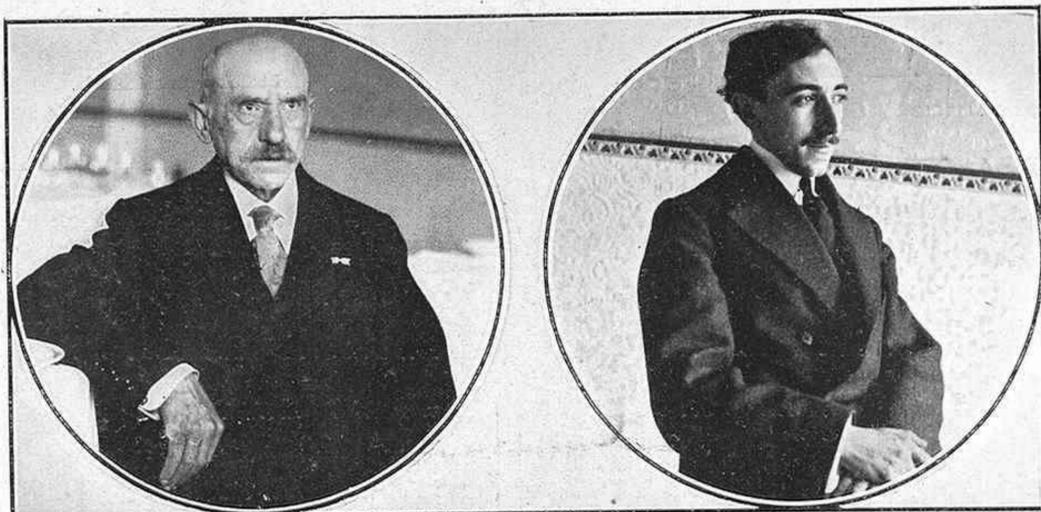
Por cuarta vez ha visitado Barcelona esta notabilísima entidad musical a la que ahora han acompañado su Junta directiva, compuesta de los señores Uruñuela, presidente; Guimón, vicepresidente; Saracho, secretario; Ibáñez, tesorero; González, bibliotecario, y Leal, Menjón, Molina, Urigüen y Aguirre, vocales; el alcalde y los tenientes de alcalde de Bilbao señores Moyna, Picaza y Ballarús, y los periodistas bilbaínos señores López Becerra, Mourlane Michelena, Echevarría y Calle.

Los expedicionarios, que llegaron el día 18, fueron recibidos por el alcalde Sr. Sostres, varios concejales, comisiones del *Orfè Catalá*, de los Coros de Clavé, del Centro Madrileño y de la colonia vasca y numeroso público, que los acogieron con calurosos aplausos mientras la banda municipal ejecutaba una pieza de aires vascos.

Seguidamente la comitiva se



La Sociedad Coral de Bilbao ejecutando ante el monumento el himno «Aintza Claveri» (Gloria a Clavé)



El maestro Aureliano Valle, director de la Sociedad Coral de Bilbao desde 1890

El maestro D. Jesús de Guridi, director de la Sociedad y autor de la ópera vasca *Mirentxu*

encaminó a las Casas Consistoriales, en cuyo Salón de Ciento efectuóse la recepción, en la que pronunciaron elocuentes discursos los señores Moyna, Uruñuela y Sostres, y al terminar la cual los orfeonistas cantaron el *Guernika-Arbola*, que luego hubieron de repetir en la Plaza de San Jaime, siendo objeto de una ovación grandiosa.

Al día siguiente oyeron misa en la iglesia de la Merced, en donde cantaron el *Ave María* de César Frank, y desde allí fueron a la Casa de la Ciudad a reunirse con el Ayuntamiento y las sociedades corales, dirigiéndose después todos al monumento a Clavé, alrededor del cual se agrupaba una mu-



Concierto dado por la Sociedad Coral de Bilbao en el «Palau de la Música Catalana». (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

chedumbre inmensa. Junto al monumento pronunciaron sentidos discursos los Sres. Lafuente, Uruñuela y Sostres y un delegado de los Coros de Clavé, procediéndose luego a la colocación de la artística placa que la Sociedad Coral de Bilbao dedica al inspirado compositor catalán. Acto seguido, los coristas bilbaínos, dirigidos por el maestro Sr. Valle, cantaron el himno *Aintza Claveri* (Gloria a Clavé) y el *Guernika-ko-Arbola*, obteniendo las más calurosas ovaciones.

La Sociedad Coral de Bilbao ha dado dos notables conciertos en el «Palau de la Música Catalana» habiendo cantado en ellos, además de hermosas composiciones vascas, el *Réquiem*, de Brahms; fragmentos del poema *Faust*, de Schuman y del oratorio *Redención*, de César Frank; estas tres últimas obras con la cooperación de la orquesta del Liceo. Estos conciertos han sido otros tantos triunfos para la sociedad.

Otro triunfo ha sido para ella la ópera vasca *Mirentxu*, cantada en el teatro del Liceo. Su autor, el maestro Guridi, demuestra en esta obra grandes condiciones para el cultivo del arte lírico dramático y un profundo conocimiento de la música popular de Vasconia, en la que principalmente se ha inspirado.

El público barcelonés ha hecho justicia al maestro y a los ejecutantes, premiando su labor notabilísima con grandes aplausos.

La Sociedad Coral de Bilbao tiene una historia que a pocas brillantes. Fundada en 1886 con elementos dispersos del Orfeón Bilbaino, bajo la dirección de D. Cleto Zabala, a los pocos días de su creación ganaba el primer premio de ejecución en el concurso internacional de orfeones de San Sebastián. Al año siguiente, en otro concurso celebrado en Madrid, alcanzaba un segundo premio y cantaba con grandísimo éxito en Bilbao el *Stabat Mater*, de Ledesma, y la *Misa de Santa Cecilia*, de Gounod.

En 1888 estuvo en Barcelona, con motivo de la Exposición Universal, y en competencia con otros famosos orfeones, ganó el gran premio de 7.500 pesetas.

En 1890 encargóse de su dirección el maestro Aureliano Valle; obtuvo en Santander el gran premio de honor de 5.000 pesetas y otro premio de honor en San Sebastián luchando con seis reputados orfeones franceses.

Una de sus mayores victorias la obtuvo en San Juan de Luz, en donde, compitiendo con los más notables orfeones de Francia, entre ellos el célebre de Olorón, ganó el gran premio y el del presidente de la República.

En 1892 ganó el primer premio en Madrid, y los tres primeros premios, de lectura, ejecución y honor, en Biarritz, concediendo entonces el gobierno francés a su director D. Aureliano Valle las palmas académicas.

En 1894 triunfó en el concurso de Pamplona; en 1895 hizo una nueva visita a nuestra ciudad; en 1896 tomó parte activísima en el Congreso de Música Sagrada de Bilbao; y desde 1897 a 1904 ganó los primeros premios en los concursos de Marsella, Burdeos y San Sebastián.

En 1906 fundó la sección de señoritas; en 1908 y 1909 dió notabilísimos conciertos en los que ejecutó, entre otras, las grandiosas composiciones siguientes: *Faust*, de Schumann; *Ruth y Beatitudes*, de César Frank; y *La damnation de Faust*, de Berlioz.

En 1910 realizó una de sus más grandes obras poniendo en escena las obras vascas *Maitena*, de Gollin; *Medini-Mendiyán*, de Usardizaga; *Lideta Ixidor*, de Inchausti; y *Mirentxu*, de Guridi.

La labor realizada últimamente por la Sociedad Coral de Bilbao en nuestra capital ha producido grande entusiasmo. Su excursión artística puede calificarse de triunfal.

Los orfeonistas bilbaínos dejan entre nosotros un recuerdo gratísimo y no será menos grato, sin duda, el que se llevarán de su estancia en Barcelona, en donde han sido objeto de muchos y muy cariñosos agasajos. — P.

CRÓNICA EXTRANJERA

EL NUEVO MINISTERIO FRANCÉS

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

Apenas conocido el resultado de la elección presidencial favorable al Sr. Poincaré, el Ministerio presidido por éste presentó la dimisión. Hubiera podido establecerse una interinidad, considerando al señor Poincaré como disfrutando de una licencia y encargándose de la presidencia el ministro Guardaseños Sr. Briand; pero examinada la situación parlamentaria, reconocióse que esta solución ofrecía graves inconvenientes y en vista de ello, el presidente de la

Los ministros, en su primera reunión, acordaron el programa ministerial que puede sintetizarse en las siguientes afirmaciones: en el exterior, continuación de la política tan brillantemente practicada por el Sr. Poincaré; en el interior, política de apaciguamiento y de concordia entre las fracciones del partido republicano, reanudación de la discusión del presupuesto, votación rápida de la ley de hacienda, proyecto de transacción en cuanto a la reforma electoral y continuación de los esfuerzos hechos por los anteriores ministros de la Guerra y de Marina para el desenvolvimiento de los ejércitos de tierra y de mar.

El ministerio Briand ha sido muy bien acogido en Francia y en el extranjero, siendo general la creencia de que su política se apartará de los radicalismos y de las estridencias que en otros días prevalecieron en el gobierno, que tanto daño han hecho a la nación francesa y que llegaron a ponerla al borde de su ruina.

El nuevo jefe del gobierno, Aristides Briand, nació en Nantes en 1862, cursó con gran aprovechamiento la carrera de leyes y al terminarla ingresó en el partido socialista. Dirigió *La Lanterne* y en 1902 fué elegido diputado afiliándose al bloque radical-socialista. En 1905 entró en el gabinete Sarrien, como ministro de Cultos e Instrucción Pública, cartera que conservó en el ministerio Clemenceau. En 1908 fué nombrado ministro de Justicia y en 1909 presidente del Consejo, cargo que desempeñó durante dos años y en el que se distinguió por su energía en la aplicación de las leyes, consiguiendo con ello restablecer el orden y la disciplina, tan gravemente quebrantados por los excesos y abusos de los gobiernos anteriores. Al formar ministerio el Sr. Poincaré le fué confiado el ministerio de Justicia, nombrándosele, además, vicepresidente del Consejo de Ministros.

Es hombre de clarísimo talento, de grandes energías y de un patriotismo acendrado, en aras del cual ha sabido prescindir de sus antiguos ideales cuando el interés de Francia lo ha exigido.

La cuestión de Oriente, que parecía haber quedado casi resuelta, ha entrado en una nueva y gravísima fase a consecuencia de los últimos acontecimientos acaecidos en Constantinopla. El día 17 los embajadores de las grandes potencias entregaron en corporación al ministro de Negocios Extranjeros la nota colectiva de que dimos cuenta en el número anterior.

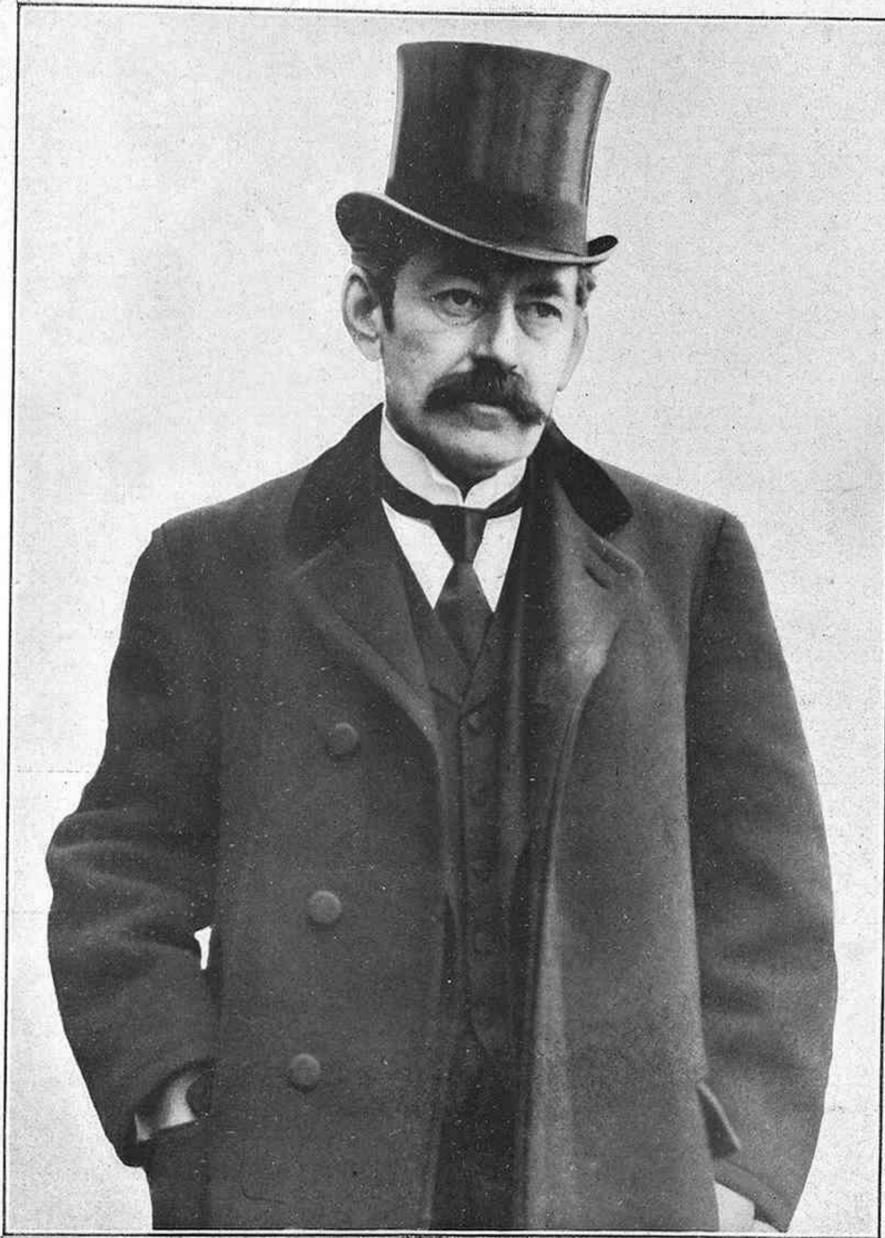
El Consejo de Ministros turco celebró varias reuniones, en las cuales predominaron las tendencias pacifistas, y acordó finalmente convocar la asamblea nacional de notables.

Reunida ésta el día 22, después que un empleado del ministerio de Negocios Extranjeros hubo leído la nota de las potencias, Nazim bajá, Abdurramán y Noradunghian expusieron respectivamente la situación militar, la situación financiera y la exterior.

Varios notables pronunciaron discursos y al fin la asamblea resolvió aceptar la nota de las potencias, reuniéndose al día siguiente los ministros para acordar los términos definitivos de la respuesta.

Pero al día siguiente, mientras los ministros se hallaban deliberando, estalló una sublevación y un grupo de amotinados, capitaneados por Enver-bey y Djamid-bey, penetró tumultuosamente en el palacio del gobierno y exigió la dimisión del ministerio. El Sultán aceptó la dimisión y nombró gran visir a Mahmud Bajá, nombramiento que fué acogido con gran entusiasmo por la multitud congregada delante de la Sublime Puerta.

El movimiento revolucionario realizado por los jóvenes turcos tiene por divisa la continuación de la guerra, con lo cual, como decimos al principio, el conflicto, que parecía solucionado, no sólo queda en pie sino que se agrava considerablemente, pues no es de suponer que las potencias que tanto han trabajado por llegar a la paz, vean impasibles esta nueva actitud de Turquía. — R.



Aristides Briand,

presidente del nuevo Consejo de Ministros de Francia. (De fotografía de Archives du Miroir.)

República aceptó la dimisión del ministerio Poincaré y confió la formación de otro nuevo al Sr. Briand.

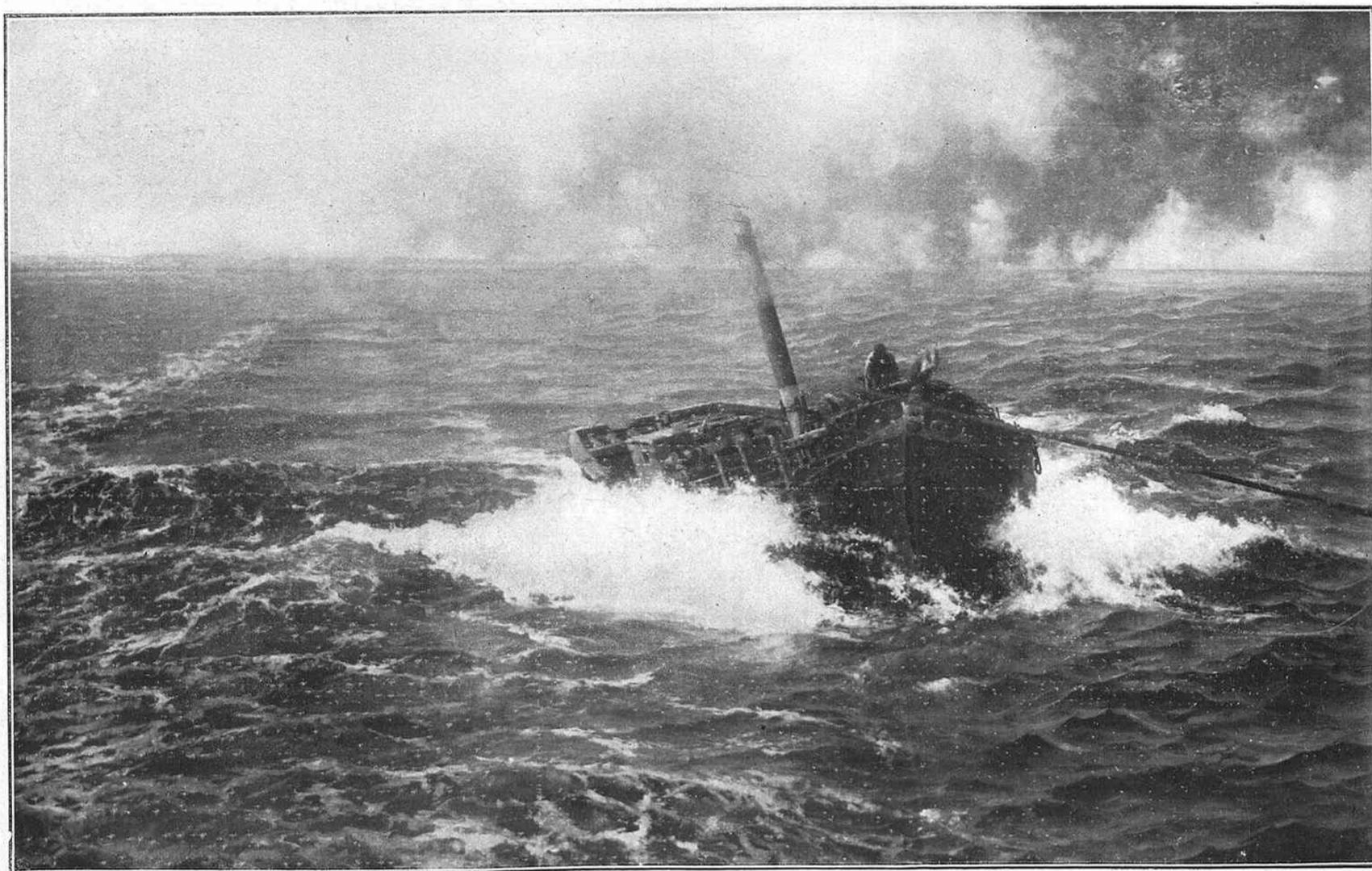
El deseo de éste era conservar a todos los individuos del anterior gobierno y a ello tendieron sus gestiones y sus esfuerzos; pero no habiendo podido lograr enteramente su objeto, quiso que por lo menos permaneciera a su lado el mayor número de los ministros que lo habían sido con Poincaré.

El nuevo ministerio formado por el Sr. Briand se compone de los personajes siguientes: Briand, Presidencia e Interior; Klotz, Hacienda; Steeg, Instrucción Pública; Dupuy, Obras Públicas; Guist'hau, Comercio; Besnard, Trabajo; Barthou, Justicia; Jonnart, Negocios Extranjeros; Baudin, Marina; Etienne, Guerra; y Morel (Juan) Colonias. De éstos, son nuevos los seis últimos. Como subsecretarios, han sido nombrados los señores Morel (Pablo) del Interior; Bourelly, de Hacienda; Chaumet, de Correos y Telégrafos; y Berard, de Bellas Artes; estos tres últimos figuraban ya en el ministerio anterior.

Como se ve, el gobierno formado por el señor Briand es un gobierno de altura, estando representados los grupos de la izquierda democrática por los señores Baudin, Morel (Juan), Jonnart, Etienne, Chaumet y Berard; de la unión republicana, por el Sr. Dupuy; de los radicales socialistas, por los señores Klotz, Guist'hau, Steeg, Besnard y Bourelly, y la izquierda radical por los señores Barthou, David y Morel (Pablo).



MARÍA ROSA, cuadro de Juan Martínez Abades



REMOLQUE, cuadro de Juan Martínez Abades

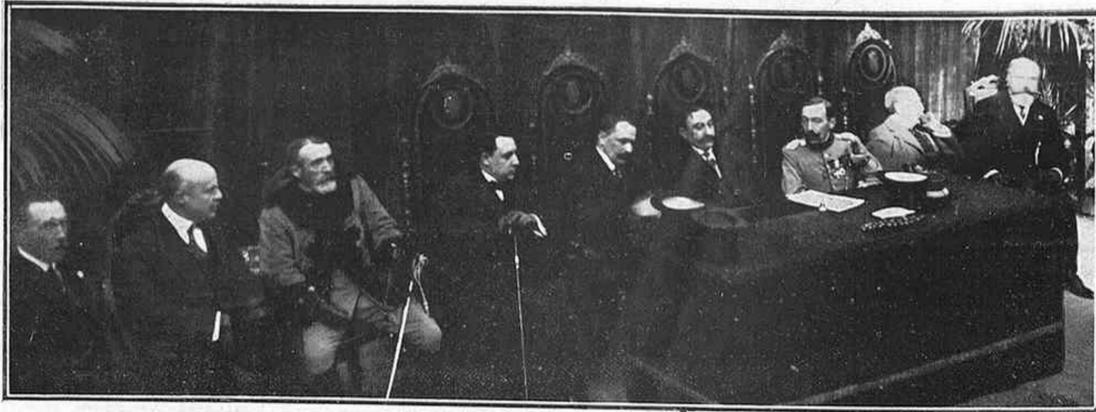
UNA OBRA MAESTRA DE RAFAEL SANZIO



LA MADONA BAJO LA ENCINA

Este famoso cuadro ha sido robado de Italia recientemente y en la actualidad está en el Hotel Cecil, de Londres, custodiado por la policía

(Fotografía remitida por E. O. Hoppé.)



Acto solemne de prestar juramento los «boy-scouts» barceloneses. - La presidencia

*La jura de los «Boy-Scouts».* - El día 19 de este mes efectuóse en el Palacio de Bellas Artes una fiesta altamente simpática: la jura de los *boy-scouts* (jóvenes exploradores) barceloneses. Presidió el acto el gobernador civil Sr. Sánchez Anido, a quien acompañaban los Sres. Foronda, presidente de la sociedad de los *boy-scouts* de Barcelona; Iradier, fundador de la institución en España; marqueses de Castellflorida, de Alfarrás y de Alella, y otras distinguidas personalidades.

El capitán de caballería Sr. Roselló, a cuya iniciativa se debe la implantación del *boy-scoutismo* en nuestra ciudad, leyó una interesante memoria haciendo la historia de la institución y de sus progresos en todos los países en que se ha establecido, con éxito no igualado por otra alguna, y describiendo el valor cultural y pedagógico de la misma, tanto en su aspecto de cultura moral como en el de educación física de la juventud, que encuentra en ella el medio de valerse de sus propias fuerzas y de sus iniciativas en las luchas de la vida y se desarrolla en un sano amor a la naturaleza, en un respeto al débil, al anciano y al desvalido y en un acatamiento a las leyes, fervor patrio y fraternidad verdadera. En la memoria del Sr. Roselló se da cuenta de los trabajos de organización del comité de Barcelona y del entusiasmo con que han sido acogidos.

A continuación el Sr. Iradier pronunció un elocuente discurso enumerando los comités que existen en España y glosando los ideales que debe sustentar el *boy-scout* y que se resumen en amor a la patria, amor a la naturaleza y amor al prójimo.

Procedióse luego al reparto de las banderas e insignias de los distintos destacamentos, después de lo cual el Sr. Foronda pronunció elocuentes y sentidas frases ensalzando la labor de los «exploradores» y leyó la fórmula del juramento, que fué prestado por los *boy-scouts* con gran entusiasmo.

En aquel momento, verdaderamente emocionante, los *boy-scouts* prorrumpieron en calurosos vivas a España, a la institución y a los *boy-scouts* madrileños que, a la misma hora, según había manifestado el señor Iradier, vitorearían en el Pardo, en donde se hallaban de excursión, a los *boy-scouts* barceloneses.

Terminado el acto, los *boy-scouts* salieron del Palacio de Bellas Artes y desfilaron marcialmente por las principales vías de esta ciudad, hasta la plaza de Cataluña, en donde se disolvieron.

Actualmente hallanse inscritos en Barcelona unos mil jóvenes pertenecientes a todas las clases sociales.

*La ópera «Gala Placidia» en el Liceo.* - El estreno de la última producción del maestro barcelonés Jaime Pahissa ha sido para éste un verdadero éxito; la interesante tragedia de Guimerá ha encontrado en él un compositor de grandes alientos que ha sabido avalorar sus bellezas con una partitura en la que brillan en todo su esplendor las excepcionales dotes en otras ocasiones por el autor demostradas. Pahissa es joven y sin embargo ocupa ya entre nuestros músicos un puesto preminente que supo conquistarse hace años con *La presó de Lleida* y más recientemente con *Canigó*.

Una escena de la ópera en tres actos del maestro Jaime Pahissa «Gala Placidia», estrenada con gran éxito en el Teatro del Liceo.

*Gala Placidia* pertenece a un género distinto del de sus anteriores obras; ajustada a las más modernas tendencias de la escuela alemana, contiene atrevimientos que sólo el gran talento de Pahissa puede permitirse y demuestra un dominio absoluto de la técnica orquestal que se traduce en una instrumentación brillante y de hermoso colorido.

El público y la crítica han acogido con caluroso aplauso *Gala Placidia*, cuyas representaciones han sido otros tantos triunfos para su autor.

En la ejecución de la ópera se han distinguido la señora Prierrick y la señorita Callao y los Sres. Colazza, Paccini y Sesovie.

*En la Casa de América.* - El día 16 de este mes celebróse en la Casa de América la fiesta organizada para entregar las damas argentinas una rica bandera de seda y oro a la Juventud Argentina.

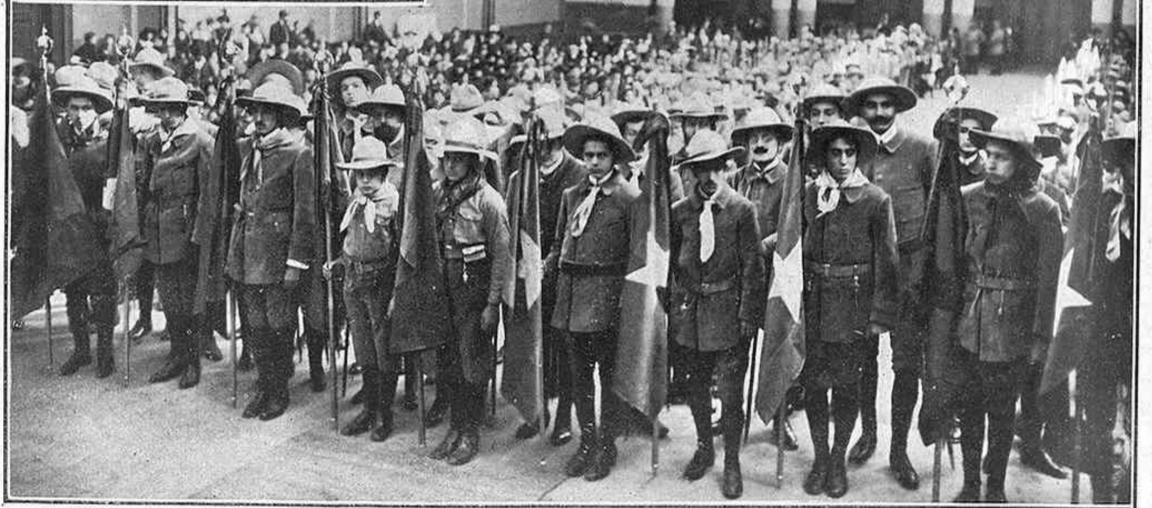
El acto, que resultó brillante y solemne, fué presidido por el cónsul de la República Argentina Sr. Gache, quien tenía a sus lados al alcalde Sr. Sostres y al teniente de alcalde Sr. Matons.

El salón estaba ocupado por numerosa y distinguida concurrencia, en la que predominaba el bello sexo.

Comenzó la fiesta con el himno nacional argentino tocado por un quinteto formado por las señoritas Pepita Valero, Nelly Urtubey, Elisa y Margarita Coca y el Sr. Valero.

## ACTUALIDADES BARCELONESAS

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Los «boy-scouts» formados en el salón del Palacio de Bellas Artes para el acto de la jura

A continuación la señorita Carmen Uranga, presidenta de la comisión de damas, leyó un patriótico discurso haciendo entrega de la bandera, entre los aplausos de la concurrencia, al presidente de la Juventud, D. Enrique Noriega, quien agradeció la ofrenda en sentidas frases.

El cónsul general Sr. Gache hizo seguidamente uso de la palabra enalteciendo la importancia y significación del acto realizado y leyendo una inspirada y elocuente oración a la bandera, que fué escuchada con religioso silencio por la concurrencia.

También el señor Sostres dedicó inspiradas frases a la fiesta que se estaba efectuando e hizo votos por la prosperidad de la Argentina y por la unión cada día más estrecha de los pueblos argentino y español.

Terminó la velada con un escogido concierto en el que tomaron parte las señoritas Juanita Sadurní y Nelly Urtubey y los profesores D. José Pascual y D. Rafael Gálvez, quienes fueron muy aplaudidos.



El maestro Jaime Pahissa, autor de la ópera *Gala Placidia*. (De fotografía de Renom.)

Sadurní y Nelly Urtubey y los profesores D. José Pascual y D. Rafael Gálvez, quienes fueron muy aplaudidos.



En la Casa de América. - Entrega de la bandera a la Juventud Argentina

# LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Sin embargo, a pesar de la piedad que sintió por la crítica situación del joven detective, Beatriz, obedeciendo las tarifas preordenadas por Tsarka inflexiblemente hubo de pedir un precio exorbitante.

- Empleamos, le había dicho el doctor, las substancias curativas más caras que conoce acualmente la ciencia. Los enfermos sólo acudirán a usted cuando teman inminentemente la muerte o la ceguera. Pida siempre precios elevados. Este es el anuncio mejor que puede usted hacerse.

Así es que, en lugar de obtener el precio pedido, había tenido que negar a Rénwick todo tratamiento. Este pensamiento es el que tenía fijo en su mente al observar ahora a su antiguo profesor arrellanado en el gran sillón de terciopelo.

Para ella la ciencia de curar era un instinto divino, y sus instintos clamaban por una inmediata libertad de acción.

Haber operado con éxito al joven detective habría sido la satisfacción de su más ardiente deseo. Pero reconocía desde luego la deuda de gratitud que la ligaba con el Dr. Tsarka, juntamente con su responsabilidad jurada como directora del Instituto Messonier. Su deber era, pues, observar las reglas del establecimiento.

Pareció Tsarka adivinar sus pensamientos, cuando recostado en el sillón la miraba con los ojos entornados. Estaba seguro de que la había disgustado el haber tenido que despedir a Gifford Rénwick sin curarle. Irguiéndose algo en el sillón, con un brillo curioso en sus soñolientos ojos, preguntó:

- ¿Piensa usted que Rénwick es realmente incurable?

Y pronunciando esta interrogación el Dr. Tsarka hizo breves movimientos con su índice, como para dar énfasis a sus palabras.

Beatriz tomó aliento para contestar, pues la sacaban de repente de su abstracción.

- El caso del joven es muy serio. Tiene el iris nublado por un espectro ígneo. Usted..., conoce la causa, añadió con un gesto significativo.

El Dr. Tsarka se mordió las uñas pensativo.

- Para hablar técnicamente, mi querida discípula, la córnea ha recibido una granizada de moléculas radioactivas. El extraer esa luminiscencia venenosa no es difícil..., para usted.

- Tal vez no vuelva. Hagamos que...

El la detuvo haciéndole con el dedo levantado, al mismo tiempo que irguiéndose del asiento hollaba la alfombra del pavimento.

- Hay que exigir altos precios. Nos hemos de hacer pagar bien nuestra ciencia. Sólo los necios dan gratis el resultado de sus costosas experiencias. Exija usted los precios convenidos.

El Dr. Tsarka empezó un paseo febril arriba y abajo de la habitación, con velocidad tigrina. Beatriz contemplando aquella pequeña figurilla, percibió como condensada y encerrada en el doctor toda la vigorosa vitalidad de la nación japonesa.

Su mano de niño blandía un bastoncillo de malaca y cuando lo movía de un lado para el otro hendiendo con él el aire, parecía demoler obstáculos invisibles.

Detuvo por fin tan excéntricos ejercicios y parándose ante Beatriz la observó con repentino interés. Su rostro atezado parecía encendido con el fuego de su mente.

- Ha estado usted muy sola en estas (su bastón señaló en redondo la lujosa habitación), en estas salas de experimentos. Ha habido veces en que usted me ha tenido por loco viéndome gastar dinero para su

conservación. Espere, Beatriz Messonier, espere, espere; mañana, dentro de una semana, el albo nimbo de la fama circundará a usted. El esplendor de la celebridad inundará su cerebro, anegará su corazón, y beberá usted la gloria como vino delicioso. Cuanto ha soñado usted será por fin suyo. ¡Los príncipes vendrán a consultar a usted; los lores, las reinas de la sociedad suplicarán con insistencia la gracia de una consulta!

Beatriz le miraba atónita, asombrada, sin dar crédito a sus sentidos. El rostro del doctor habíase tornado más sensible; las líneas duras, las arrugas adquiridas en el estudio excesivo y en las privaciones

zos que había hecho en su entusiasta perorata. Inclínándose hacia él, Beatriz le tocó ligeramente en el hombro.

- Dr. Tsarka, siempre ha sido usted tan bueno para mí... No puedo olvidar que fui estudiante condenada a trabajar sin provecho para mí y para los demás. Con todo..., confieso que no veo claro...; ¿cómo vendrán aquí esos príncipes, esos grandes personajes?

- Vendrán porque no tendrán esperanza en otra parte. Fuera de esto no puedo decirle más. Espere usted y confíe en mí, Beatriz. No ha trabajado usted ni ha hecho sudar a su ingenio sin provecho para usted y los demás. La fama la vestirá con su inmortal ropaje.

- ¡Y usted!, exclamó ella sin poder resistir el poder de sus palabras. ¿Qué ganará usted por su celo y por su trabajo?

- No me lo pregunte aún, Beatriz. Ese... exabrupto me ha molestado. Pienso mucho en mi hija Pepio. Quisiera verla feliz, casada con un caballero de su nacionalidad...

Levantóse del sillón y miró sombríamente a la ventana que daba a la calle.

- Debo ausentarme, mi querida Beatriz; dentro de un día o dos recibirá usted noticias mías.

Miró por la ventana a la calle fijándose detenidamente en el aspecto de los transeúntes, como si temiese salir.

- Mis lentes y guardapolvo de camino están abajo, prosiguió pausadamente. Diga usted al criado que telegrafe al garaje más próximo. Necesito un auto muy rápido para ir afuera de la población.

- ¿Es que se ha cambiado de casa?

- Sí, los aires eran insanos, había bastante estruendo en las calles próximas y la misma casa era muy mala. Tenía (detúvose un instante para secarse su sudorosa frente) ratas, esas ratas grandes, grises, inglesas que no dejan dormir.

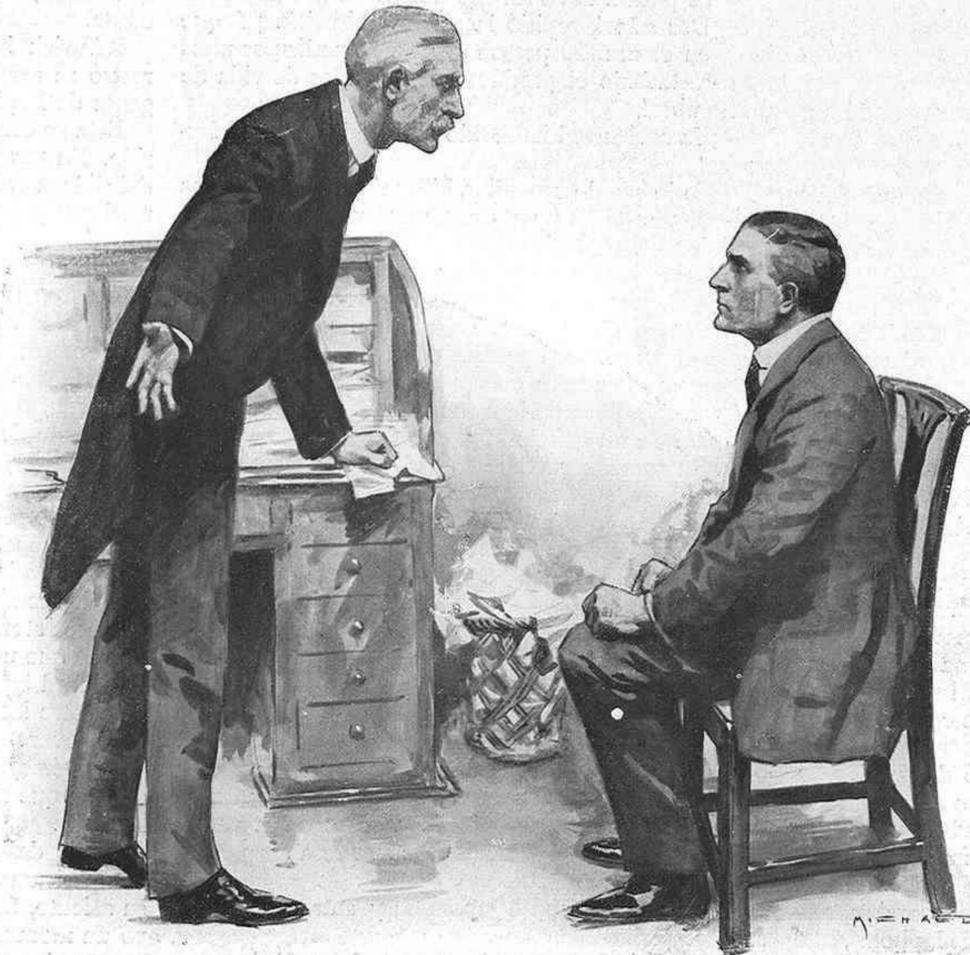
Después que hubo salido, Beatriz Messonier se sentó junto a la ventana ofuscada e intrigada por las magníficas profecías de su bienhechor. Algo había en las maneras de éste que predecía una crisis próxima en su propia vida y en la de ella. ¿Qué significaban sus palabras sobre príncipes y estadistas? Tales incoherencias las hubiese creído en otro productos del alcohol.

Pero Teroni Tsarka era enemigo de tal estimulante y de toda intemperancia mental y corporal. Beatriz Messonier concluyó, pues, que cuanto le había dicho era resultado de su filosofía estructural, de las disposiciones de su mente investigadora. Lo más cierto sería que se acercaba una crisis estupenda en las investigaciones médicas. Teroni Tsarka era el hombre más a propósito para hacer oír a una civilización apática el clangor de la trompeta de la ciencia.

## VI

Gifford, con una sensación de alivio, se retiró a su cuarto que daba al jardín. El olor de los campos, la fragancia de los prados húmedos y de la tierra recién arada fué un bálsamo para sus nervios quebrantados por el radio.

La señora Messonier le había predicho su próxima ceguera. En este particular el veredicto de la doctora había sido bien claro y preciso. Se le habían amortiguado los dolores de cabeza, pero, entre la obscuridad de la media noche, siguió viendo los globos lúcidos y encarnados que flotaban a través de su retina. Uno a uno, aquellos discos ígneos



Gifford permaneció sentado en la silla, con los puntos apretados sobre las rodillas, ...

pasadas habían desaparecido de él dando paso a una inefable serenidad.

- Los hijos de los emperadores, continuó, vendrán a usted; los estadistas, los generales; oirá usted sus voces en estos salones y la noticia de su venida atraerá a las naciones todas.

Hablaba sin un gesto, sin esfuerzo, y sus palabras perdieron su retumbancia en la serenidad de la dicción. Sólo una vez su clara voz chocó en los oídos de la Messonier, pero este efecto quedó prontamente descartado por su excelente vestidura.

- Desde mi niñez, prosiguió, he trabajado siempre bajo el látigo. Pobre, despreciado, entré en la virilidad sintiendo en mi pecho un ardiente deseo de pagar terriblemente a la sociedad sus culpas conmigo. En todas partes, aun entre mis parientes, no encontré más que codicia y avaricia. Cuando tuve más años abandoné las ideas anárquicas. Con mi cerebro armado para un conflicto con los ricos de Inglaterra y América me he abierto paso por los diez y ocho infiernos de Mencio (1) hasta la blanca luz de la Razón. Y (se detuvo para humedecer sus labios) en nombre de la Razón y de la Justicia he afilado las armas de la ciencia para herir la bestia de la galbana y del orgullo..., los ricos ociosos, los aristócratas soberbios.

Beatriz Messonier le miraba con espantados ojos, como quien oyese hablar al demonio de la ciencia. El pequeño doctor había vuelto a sentarse en el sillón verde, evidentemente fatigado por los esfuer-

(1) Mencio. Forma latinizada del nombre chino Ment-Tse (378-288 a. C.), filósofo chino de Shantung y gran propagador de las doctrinas de Confucio. - N. del T.

se levantaban ante él como diminutos soles luciendo su claridad esplendente en medio de un mar de tinieblas color de violeta.

De cuando en cuando este obscuro mar violado tornábase luminiscente con flechas flotantes de luz y alguna que otra saeta de fuego que se parecía al fognazo de un fusil.

Gifford sentía instintivamente que sus nervios ópticos estaban sufriendo la última tormenta de colores, la que precedía a su ceguera total. A la alborada ansió con vehemencia ser librado de los horrores de luz escarlata que amenazaban perturbarle el juicio. Con su rostro ciego vuelto hacia el naciente día apostrofó a las cauterizantes moléculas de fuego que a manera de duendes se sucedían sin interrupción en un volcán de chispas y llamaradas. Miríadas de puntitas de luz asaltaban las pupilas de sus ojos. Tiradores invisibles sin duda disparaban continuamente contra el blanco espacio donde se asienta la Razón, y Rénwick, bajo la impresión de aquellos proyectiles cromáticos, rugió de dolor.

Entró su madre en la habitación y él percibió sobre la frente abrasada la mano fría de su viejecita.

— No has dormido, hijo mío; ¿sientes mucho dolor?

— Tanto como merezco madre. Dame agua.

La señora Rénwick le dió un vaso de agua fría como el hielo, que él bebió febrilmente.

— Más, dijo.

Ella vió en su rostro un aspecto amedrentado, un gesto que sólo había visto otra vez en el rostro de un niño quemado vivo.

— Ya he pasado otras veinte horas sin que estos diosillos encarnados me abandonen, madre.

Asióse tambaleándose a la baranda de la cama mientras que una sequedad mortal se apoderaba de su garganta y labios, y prosiguió:

— ¿Sabes, madre, que un científico japonés, llamado Tsarka, ha descubierto una diosa verdadera, viviente?

— No, Gifford, no lo he leído en ningún periódico, respondió la vieja con dulzura. ¿La enseñan en Londres?

La señora Rénwick estaba persuadida de que la razón de su hijo se hallaba algo perturbada por la reciente desgracia.

— Vamos a llamar, dijo ella alegremente, al doctor Somers; estoy segura de que te curará.

— Somers no sirve para mí mal, madre. No sabe nada de lo que padezco; me daría una pócima que me haría dormir hasta mañana y, al despertar, el mundo ya no sería para mí más que cenizas apagadas...

Con ayuda de su madre se vistió despacio, y la triste percepción de la realidad le hizo reír dolorosamente recordando los días de su infancia, cuando las mismas manos cariñosas de su madrecita atendían a sus perentorias necesidades.

— Alguna vez pensé que podía un hombre, con los ojos cerrados, atarse los cordones de las botas, dijo Gifford con la cabeza inclinada sobre sus rodillas, mientras se hacía los lazos de los cordones. Pero me parece que no me salen bien las lazadas; lo mismo que cuando el lazo de la corbata se empeña en no salir derecho.

— ¡Pues lo que es hoy lo llevas bien! ¿Dónde vas con una corbata tan torcida?, preguntóle reflexivamente la señora Rénwick.

— A la ciudad, madre; a que me dejen prestadas las doscientas libras para la señora Messonier, o a robarlas si no me las dejan. Ella es la única persona que ha sojuzgado al dios del radio. Lo tiene en las puntas de los dedos y el pobrecillo salta cada vez que ella murmura: «¡doscientas guineas!».

Gifford hablaba desde lo más hondo de la amargura de su alma, pero no sin cierta reverencia hacia la mujer que había diagnosticado su mal de un modo tan sabio. La indignación de la señora Rénwick contra el exorbitante precio demandado por la Messonier amenazaba vencer la fortaleza habitual de Gifford.

— Gifford, esa señora será siempre para mí una mujer sin corazón. ¿Cómo es posible que la contemplación del sufrimiento humano no excite su piedad?

— No conoces a los grandes especialistas, madre. Mi caso es de los que se presentan pocos, de cada millón, uno; perfeccionar sus conocimientos científicos le habrá costado miles de libras tal vez. Piensa en las noches de estudio y de trabajo experimental que habrá pasado en claro. No la puedes recomendar por exigir un precio elevado.

— ¡Eso es cruel!, exclamó apasionadamente la señora Rénwick. Es inicuo que una mujer se niegue a curar a un ser humano, a un hombre, cuando ninguna otra persona sino ella puede hacerlo. ¡Maldita sea!

Gifford no contestó y salió a tientas de la habitación al jardín. El sol estaba ya bastante elevado sobre los oscuros pobos que orlaban las distantes praderas. A sus pies la tierra salpicada de flores emitía el hálito templado de la primavera, produciendo hormigueos, por breves momentos, en su sangre juvenil y dejándole, tras momentánea ilusión de ver, nuevamente en las tinieblas. Con un gesto desesperado levantó sus manos extendidas hacia los rayos solares como dando un adiós eterno a la luz del día.

La señora Rénwick le contemplaba pasear vacilante arriba y abajo por el paseo del jardincillo, desde el rosál blanco hasta la puerta y de ésta hasta el rosál. Unos niños que pasaban camino de la escuela se detuvieron en la verja para criticar la figura detenida en el jardín, sus extendidas manos, sus facciones dolorosamente contraídas.

Un chiquillo rubio murmuró:

— Está ensayando un papel. El caminar a tientas de un ciego o el del que juega a la gallinita ciega.

Oyó Gifford las voces infantiles y volviéndose de rondón entró en la casa diciendo en voz baja:

— Tengo que ir a los prestamistas.

Y habiéndose sentado a la mesa del comedorcillo añadió más alto:

— Yo podría devolver ese dinero en dos años.

— ¡Dos años!, repitió la señora Rénwick. ¡Y que haya en el mundo persona capaz de pedir por unos días de trabajo el producto de dos años de vida de un hombre!

— ¡Ya está usted hablando mal de la doctora Messonier!

— No lo puedo remediar, hijo mío, viendo que has de ir de puerta en puerta a ver qué usurero te presta sus inicuos honorarios.

— Si los judíos no ceden entonces sí que iré pidiendo de puerta en puerta. En Londres no dan trabajo a los ciegos, madre. Lo que hemos de hacer es tomar el primer tren para la ciudad. Cada hora que transcurre me acerca más al abismo.

La esplendidez de la hermosa mañana primaveral le saturó de un anhelo loco de salir y ponerse en acción. Su corazón pedía actividad y en la temida perpetuidad de su ceguera no podía haber sino inacción. La señora Rénwick le obligó a tomar algún alimento, pues conocía que necesitaba fuerzas para las pocas horas siguientes, en que había de quedar decidido su destino.

Un zumbido familiar a sus oídos le llegó por la entreabierta puerta, seguido por el áspero plañido de la sirena de un auto. Pasó junto a la casa con velocidad y se detuvo de pronto a unos veinte metros de la puerta del jardín. Gifford, con sus nervios en gran tensión, lo oyó también pararse frente a la casa.

La señora Rénwick se levantó apresuradamente de la mesa y miró por entre los visillos de la ventana. Su repentina exclamación de sorpresa despertó a su hijo de su meditación.

— ¡Oh, una señorita japonesa; y entra por el paseo del jardín!

Gifford tenía levantada la taza del café; la puso bruscamente en el plato y se irguió del asiento, colocando su temblorosa mano sobre el borde de la mesa.

Unos golpes de la aldaba impidieron toda conversación entre madre e hijo. La señora Rénwick salió a abrir y se halló ante unos ojos oscuros y bellos que la miraban con ternura bajo los pliegues de un velo de viaje.

— Dispense usted, señora; me han dicho que vive aquí el Sr. Rénwick.

El velo había sido ya levantado y aquellos lindos y negros ojos parecían querer escudriñar todo el interior de la casa.

— Soy la señora Rénwick, dijo con leve inclinación de cabeza la madre de Gifford. Mi hijo está en casa, aunque será difícil...

Sus palabras fueron interrumpidas por la aparición, en el recibimiento, de Rénwick, que dijo con dureza.

— Es Pepio Tsarka. Pregúntale qué significa esta visita.

Su admiración por su visita era tan profunda que no le permitió otras manifestaciones de sorpresa.

Desde la puerta y con una voz en que Gifford descubrió una emoción que vibraba dolorosamente, exclamó la joven:

— Oh, Sr. Rénwick, hágame la gracia de oírme, y júzgueme después. ¡Estoy tan apenada! Ya sabe usted que las mujeres japonesas somos los instrumentos de nuestros hombres. Su impetuosidad y precipitación de usted fueron causa de esta mala acción de Horubu. No me inculpe usted a mí.

— Bien, pero, ¿qué..., qué desea usted?, preguntó sin interés Gifford. Mucho se ha expuesto usted con venir aquí.

El no podía prescindir del hecho de que un compatriota de Pepio era quien le había exprimido sobre los ojos la esponja del radio. ¿Qué loco impulso la traía ahora a verle?

Obrando por iniciativa propia la señora Rénwick introdujo en la casa a la llorosa Pepio, determinada a saber por qué aquella japonesa, joven y rica al parecer, venía en busca de su hijo.

Gifford estaba en pie embarazadamente en el centro del comedor, sorprendido y, con todo, alerta a las palabras que forzosamente parecían salir de los labios de Pepio San.

— Acabo de salir del Instituto de la señora Messonier, la oyó decir. Esa cruel americana que sólo sueña en el oro inglés.

— ¿Y qué?, interrumpió Gifford impaciente. ¿Consiente en rebajar su precio?

— No, jamás lo hará. No hace caso de conmiseración alguna ni escuchará súplicas ni tendrá piedad. Yo he venido aquí (se detuvo como temerosa de su propia voz), yo he venido... para ofrecer el dinero que ella exige, puesto que hay tan poco tiempo para remediar el gran daño causado en su vista de usted.

— Usted es muy buena. Pero no comprendo por qué usted, señorita Tsarka, es quien me hace esta oferta.

Rénwick hablaba de cara a la ventana, y en su rostro se revelaba la marca de la vil hazaña de la gente de Pepio.

Esta se estremeció como si alguien la hubiese herido. En sus tiernos ojos se dibujó la comprensión del dilema trágico en que se encontraba ahora el detective.

— Sr. Rénwick, no me despida usted sin oírme. Horubu obró por cuenta propia. Mi padre no pudo prevenir sus movimientos.

E inclinándose hacia adelante le tocó gentilmente en el brazo:

— Haga el obsequio de recibir este dinero, como préstamo, si así lo quiere, y procure acordarse benévolutamente de nosotros.

— Gracias, señorita Tsarka. Aun no he bajado tanto que haya de dejarme sobornar por los que han apuñalado mis ojos, exclamó fieramente.

— Tiene usted razón, contestó la joven con un sollozo ahogado. Sin embargo, ¿cómo me hubiese sido posible escudar a usted contra la ira de Horubu? Si hubiese intentado prevenir a usted habría sufrido lo mismo que usted padece ahora.

Gifford buscó una silla, y la señora Rénwick, desde el otro lado de la mesa, hizo vivas señas a la perpleja joven.

— ¡Deme, dijo articulando casi sólo las palabras, el cheque que tiene en la mano. Ya se avendrá luego a la razón.

Pepio deslizó el cheque en sus manos y mirando compasivamente a Gifford, que estaba inclinado en su asiento, fué a retirarse. Pero en la puerta se detuvo un momento y, después, con el espanto reflejado en sus ojos, volvió apresuradamente al comedor.

— ¡Alguien viene hacia la puerta!, murmuró. ¡Un detective, un amigo de su hijo de usted!

Y Pepio temblaba violentamente cuando se oyó el ruido de la puerta del jardín al cerrarse y unos pesados pasos sobre la grava.

— ¿Qué hay?, exclamó Gifford levantándose instantáneamente de la silla.

La señora Rénwick se volvió prestamente con un grito apenas reprimido:

— Es Tóny Háckett. ¿Qué vendrá a hacer aquí?

— ¡Es un detective!, insistió Pepio. No le digan ustedes que estoy aquí; escóndanme; no se lo digan, por favor; podría arrestarme!

Sus súplicas rindieron enteramente a Gifford. Una vez que Háckett barruntase quién era aquella joven la prendería instantáneamente. Nada valdría la amistad de Tóny hacia Gifford para librar a Pepio. Con todo...

Su madre le pellizcó suavemente en el brazo. — Quietos, Gifford. Deja a Tóny que investigue por su cuenta.

Y sin más palabras introdujo a la temblorosa Pepio en su alcoba de viuda y cerró silenciosamente la puerta. Tóny se había detenido en el jardín mirando el automóvil rojo que en la carretera aguardaba. Era hombre de sano color, de edad mediana, de una personalidad atrayente, que había logrado descubrir y dejar convictos a innumerables financieros que habían hecho bancarota, a hombres de crédito que habían burlado a la sociedad.

Detenido en el paseo del jardincillo, examinaba, con aires de botánico, los varios arbustos que festoneaban los cuadros bien cuidados de flores.

La señora Rénwick apareció en la puerta mirándole serenamente.

— ¡Temprano viene usted hoy, Sr. Háckett! Gifford se acaba de desayunar.

Tóny aspiró la fragancia del rosal abstractivamente antes de erguir sus anchurosos hombros.

— Vengo a ver cómo sigue Gifford. Supongo que habrá pasado mala noche, ¿eh?

Dió la mano a la señora Rénwick y se detuvo otra vez en el umbral, como si la presencia en la carretera del automóvil rojo hubiese perturbado su constancia de ánimo.

Encontró a Gifford sentado junto a la ventana con la cabeza sumida en ambas manos. Hubo entre ellos durante unos instantes un silencio tirante. Háckett le dió una palmadita en la espalda.

— Ánimate, Gifford, hombre; en un día o dos estarás bien, con la vista de un marino. Acabo de ver el elegante automóvil en la carretera, añadió alegremente.

— Sí, interrumpió la señora Rénwick; le hemos llamado para ir al Instituto Messonier. Hará usted un favor a mi hijo si le acompaña a casa de la doctora Beatriz.

Tóny la miró con el rabillo del ojo y, con aire de súbita sorpresa, exclamó:

— ¿De modo que se ha arreglado lo del precio? Creí que habría alguna dificultad.

— Tenemos algunos amigos verdaderos y pudientes. Y la calamidad que sufre mi hijo ha excitado la compasión de uno...

La mirada de Háckett iba de la señora Rénwick a la inclinada cabeza de Gifford.

— Ayer, dijo, habría apostado que sólo un ángel del cielo hubiese aportado esa suma. En fin, es una bendición de Dios, ¿eh Gifford?

La señora Rénwick salió un momento afuera y en voz baja informó al señor:

— La señorita Tsarka se queda a comer y desea que lleve usted hasta el Instituto Messonier, en la calle de Húntingdon, a dos señores que ahora van a salir.

La madre de Gifford recordaba estas señas de la carta del Dr. Tsarka, que su hijo le había mostrado. El chofer asintió preguntando únicamente:

— ¿Me pagarán, pues, en la ciudad?

— No, aquí; cuando vuelva usted con el señorito Rénwick, que regresará solo.

Gifford salió de la casa y dejó que Tóny le ayudase a subir al auto. Mientras su madre le besaba ella le colocó en el bolsillo del gabán el cheque de Pepio, y valiéndose del momento en que Tóny daba las últimas instrucciones al chofer, le dijo cariñosamente:

— Ten cuidado, hijo mío; que Tóny no vea la firma del doctor Tsarka.

Gifford se retorció en el mullido asiento, y en su situación angustiosa se decía interiormente que el miedo de la ceguera hacía perder a los hombres todo sentido de honor y decencia. ¿Si no, cómo habría él recibido una suma respetable de dinero de la hija de su enemigo?

No tuvo tiempo de seguir reprochándose en su interior, porque el auto salió velozmente hacia Londres, y la voz de Tóny sonó confusamente pero llena de interés:

— Chico, he tomado otra vez el cabo del ovillo, por donde se te rompió el hilo; porque viendo que tú estás, temporalmente a lo menos, fuera de combate, creí ser una lástima dejar pasar tan buena coyuntura.

— ¿Has hecho alguna detención?, preguntó ansiosamente Gifford, con la cabeza inclinada hacia su amigo para no perder ni una palabra de su contestación.

— Todavía no. Encontré un chofer que solía servir a la señorita Pepio Tsarka..., la joven origen de cuanto padeces.

Gifford se encogió de hombros de un modo evasivo.

— Adelante, pues, respondió; verás que los japoneses son gente algo rara.

— Pepio, continuó Tóny, expulsó a este chofer porque marchaba a velocidades vertiginosas. De este chofer, aun después de darle media corona, no conseguí ningún informe, fuera de la dirección del nuevo chofer que estaba al servicio de la señorita últimamente. Bien, sin dificultad ninguna encontré el garaje de éste. Y el número de su auto (añadió Tóny con exactitud desapiadada) si mis ojos me sirven para algo es el del auto en que ahora vamos. De modo que, amigo mío (colocó pausadamente su mano sobre la rodilla de su camarada), ¿qué juego es éste? ¿Cómo es que la hija del Dr. Tsarka halla un escondite en tu casa en el momento que llego yo a la puerta?

Las palabras de Háckett hicieron a Rénwick el efecto de un cañonazo. Sólo un detective del calibre

de Tóny era capaz de seguir el desenredo de la madeja donde había él dejado caer los hilos. El nombre Tsarka, familiar para entrambos, había puesto al pequeño detective sobre la pista de la hija del especialista neurálgico. Cómo había dado con el chofer de Pepio, era un trabajo de investigación de los más finos y que podía compararse a sus mejores obras.

Gifford reflexionó entonces sobre su situación. Háckett y él habían sido amigos toda la vida, ayudándose y aconsejándose mutuamente durante los períodos de prueba de sus existencias, sacrificando cada uno el interés personal por el bienestar del otro.

En la circunstancia presente Gifford se sentía entre la espada y la pared. De un lado la inminente ceguera, de la que sólo podía escapar mediante el tratamiento radiomagnético por el sistema Messonier, y previo el pago de mil duros. De otro, la conculcación de su honor profesional por la aceptación del dinero de unos aventureros japoneses.

Arguyóse a sí mismo que la aceptación de aquella suma era asunto puramente casual. Para escuchar a Pepio había él quedado reducido al silencio.

Al contacto de la mano de su camarada inclinó adelante la cabeza.

— ¿Por qué no me decías, Gif, que el cheque que llevas a la señora Messonier es dinero de Tsarka? Ya ves que es muy detestablemente embarazoso que persiga yo a esos criminales mientras tú, mi más querido camarada, aceptas diplomáticamente el ser sobornado por ellos.

Gifford se retorció bajo el látigo de las palabras de Tóny. Con todo, no pudo reprimir la avenida de ira que le inundó al pensar en su desesperada situación. Sus nervios, desde el ataque de Horubu, habían sufrido tormentos indecibles. Le obligaban a sacrificarlo todo para salvarse a sí propio, y su vida misma no era tan cara para él como su vista. Sin ésta, durante el resto de sus días permanecería en un abismo de lobreguez, oyendo solamente en su alrededor las voces de los hombres..., meras sombras musitando a través de un vacío eterno.

Estremeciéndose ligeramente al contacto de su camarada y con voz cargada del instinto de la vida, respiró como quien se apresura por un túnel donde hay fuego grisú:

— Tóny, voy a recobrar la luz que Dios dió a los hombres; no me fuerces a retroceder. Lucharía con el diablo mismo antes de renunciar a mi última esperanza. Ya oíste lo que la Messonier dijo. ¡Cuarenta horas para recuperar mi vista! ¡Después..., el infierno!

Hablaba con los dientes apretados, con los puños extendidos como para rechazar las sombras que lo circundaban.

— ¡Hombre, no; yo no voy a impedirtelo!, protestó Tóny. Sólo creí que era algo extraño encontrar a la hija de Tsarka en tu casa. Eso parece algo anti-profesional, y esto es todo, Gif.

— Cierto, pero a la hora presente no doy un céntimo por mi profesión. ¡Me ha herido un rayo de luz, y justamente cuando el mundo me aconseja el retiro a un asilo de ciegos, la hija de mi mayor enemigo me sale al encuentro con el precio de mi resurrección!

— ¡Hum!, exclamó Tóny recostándose en el asiento y retorciendo irresoluto la cadena de su reloj.

— No voy a contribuir, añadió tras una pausa, a la ceguera de un compañero. Todo cuanto puedo hacer es permanecer pasivo y verle padecer.

Cinco minutos después el auto se detenía ante el Instituto Messonier. Gifford se apeó con Tóny a su lado, y juntos ascendieron por la escalinata que conducía a las salas de consulta.

Tóny habló brevemente con el criado de librea y tras unos minutos de espera volvió éste con el anuncio de que la señora Messonier vería inmediatamente a Rénwick.

## VII

La primavera retozaba en los capullos nuevos de las flores y pintaba los rosales. Un vocinglero mirlo gorjeaba insolentemente desde un bardal donde los petirrojos habían chillado sobre la ventana de Gifford durante las alboradas invernales. El sol de mediodía caldeaba el jardincillo abrigado del viento donde Gifford manejaba sus tijeras podaderas en la hierba a lo largo de los muros revestidos de rosales y en los bordes de los macizos de césped.

La señora Rénwick paseábase arriba y abajo cantando en voz baja, como si la proximidad del verano avivase su lento pulso y excitase su interés por la vida que veía en torno suyo. Las visitas de Gifford al Instituto Messonier parecían ya al pasado; en tres semanas cortas se había operado el milagro de

cirugía oftálmica, y Gifford, que había andado ya en lo más hondo de la sima tenebrosa donde no hay luz ni rostros humanos, había salido de ella gracias a la pericia y magia de aquella especialista.

Sir Floyd Garston fué el primero en felicitarle por el feliz resultado del tratamiento Messonier. Había encontrado a Gifford en examen de actividad mental y física, y tras cuidadoso examen de la vista del joven detective, había confirmado la realidad absoluta de la cura Messonier.

Sir Floyd había visitado el Instituto Messonier, y allí supo que antes de él había acudido una caterva de médicos.

Sus tarjetas podían verse sobre una bandeja de plata cerca de la puerta de entrada del salón. Sir Floyd supo también con pena que la señora Messonier no recibía a los miembros de idéntica profesión a la suya. Y era muy natural que, después de los desprecios que Beatriz Messonier había sufrido en hospitales y clínicas, la Beatriz Messonier triunfante y célebre cerrase sus salones a los que ni a oírse se dignaron.

El «milagro Rénwick», como lo denominó la prensa médica, careció de resultancias en el paciente; y cuando un oculista del calibre de Sir Garston había declarado desahuciado el caso de Rénwick, era cosa, afirmaban los críticos, de que las potencialidades del sistema Messonier fuesen más ampliamente conocidas.

Gifford recordaba el rostro de Beatriz tal como se le había aparecido una mañana cuando las primeras neblinas de luz penetraron en la lobreguez estigia de su mente..., un rostro inefablemente sereno y hermoso, en el que lucían unos ojos misericordiosos como los de una imagen de la Madre de Cristo.

La luz había brotado a su mandato y las manos de sus diosecillos de radio habían rasgado el velo de sombras. Gifford no quería creer que el portento se había realizado mediante un disco en forma de luna que giraba ante sus ojos. No era el torrente de rayos violeta que le urgaban el cerebro lo que había librado a su retina del rádico veneno. Por fuerza, lo que había realizado lo imposible era el divino poder de aquella mujer sobre la mente y la materia.

Su última visita al Instituto le había sido a Gifford muy dolorosa. La soledad del gran edificio blanco, con su arquitectura entremezclada de cristiana y pagana, le había infundido cierto sentimiento de pavor religioso. Había allí escaleras y compartimentos que producían la impresión de desuso y abandono, la de alguna fantástica mansión habitada por los espectros de muertos desde mucho tiempo olvidados.

«¿Quién es esa mujer?, se preguntó Rénwick cien veces. ¿Quién es esta misteriosa mujer de añinado rostro, cuya ciencia y sabiduría ha hecho aparecer a los más celebrados especialistas londinenses como anticuados e insignificantes?»

Durante las breves horas pasadas en el sillón de operaciones, ella, ni por una palabra ni de otro modo alguno, le había descubierto el más leve pensamiento. El la había encontrado más mentalmente retraída y abstraída que una monja claustrada.

Las cuatro semanas siguientes a su cura las había pasado en su casa y paseándose y recreando su vista por los espaciosos prados verdes que sedaban sus nervios. Se preparaba a emprender de nuevo la vida. No había escrito aún a su jefe, porque no se le borraban de su mente los mil duros recibidos de Pepio. Hasta que no hubiese pagado esta cantidad no se podía poner en persecución de los japoneses ladrones del radio.

Pero estando trabajando en el jardín la llegó una carta. Era de Antonio Coleman y muy laconica:

«Apreciado Sr. Rénwick:

»Creo obligación mía pedir a usted vuelva a ocupar aquí su antiguo cargo. De las experiencias adquiridas en lo pasado podemos esperar operaciones más afortunadas en lo porvenir.

»Antonio Coleman.»

La madre de Gifford leyó la carta con un suspiro de satisfacción, exclamando:

— Hombre benévolo y paternal; se ve bien a pesar de su laconismo. Esto nos dará medios de pagar a la señorita..., ya me he olvidado del nombre de la joven japonesa; y por cierto que tenía unos ojos muy expresivos...

— ¡Um!, masculló Gifford.

Entró en la casa fruncido el entrecejo y con andar pesado. Estaba seguro de que Coleman, después de lo ocurrido, no le quería en la Oficina Internacional. Era más que axioma que ningún empleado relacionado con cualquier servicio detectivesco podía recibir dinero de los criminales o de los pacientes y amigos de éstos.

(Se continuará.)



Ceuta. - El general Arraiz (1), el caid de Anyara (2) y varios moros notables en el acto de inaugurar la escuela árabe establecida por iniciativa del general Alfau. (Fot. Rectoret.)

NOTAS MARROQUÍES. - EN CEUTA Y EN TETUÁN

El día 9 de este mes se celebró en Ceuta el acto de la entrega de la escuela árabe que ha sido establecida por iniciativa del gobernador militar de aquella plaza, general Alfau, y que España regala a los cabileños.



Madrid. - Modelo del monumento a Morillo y Bolívar, obra del escultor venezolano Lorenzo González, que el gobierno de Venezuela ha regalado a S. M. el rey don Alfonso XIII. (De fotografía de Asenjo.)

La ceremonia revistió gran solemnidad y fué presidida por el general Arraiz Conderena y presenciado por el bajá de Anyara y por gran número de moros notables de los aduares limítrofes. El general Arraiz pronunció una alocución patriótica en la que manifestó que representaba al general Alfau, imposibilitado de asistir al acto por encontrarse enfermo. Hizo un caluroso elogio del gobernador militar, de quien dijo que sentía gran afecto e interés por cuanto se relacionaba con el bienestar y el progreso de los cabileños, como tantas veces lo ha demostrado durante el mando de aquel territorio. Expuso los buenos deseos que animan a España procurando toda suerte de beneficios a los indígenas, estrechando los lazos de unión entre éstos y los españoles, garantizando con sus soldados la seguridad de las viviendas, el respeto a la religión y el orden, e inspirando con todo ello confianza a los moros. Terminó diciendo que éstos encontrarían siempre protección decidida en España y en el Rey, quienes les proporcionarán las ventajas de la civilización moderna, construyendo caminos y muy pronto un ferrocarril de Ceuta a Tetuán y escuelas árabes en donde educarán a la juventud en el amor a España. El capitán Sr. García del Valle, notable arabista, tradujo la

alocución a los moros, que la acogieron con muestras de gran entusiasmo.

El bajá de Anyara, Abdeselam Saide, dió las gracias por las mercedes que les otorgaba España, mercedes a las que los moros sabrían corresponder, y dedicó sentidas frases al Rey, al Gobierno y al general Alfau.

Después los moros sacrificaron un toro en señal de adhesión y respeto.

Al solemne acto asistieron comisiones de los cuerpos de la guarnición, el Ayuntamiento y numeroso público. A los pocos días, el general Alfau, acompañado de sus ayudantes y de una pequeña escolta, realizó una excursión a Tetuán, en donde fué muy afectuosamente recibido y agasajado por las autoridades y por los personajes moros, quienes patentizaron su adhesión a España. El general visitó la Alcazaba, el antiguo palacio del Sultán y otros edificios y revistió el tabor de policía.

MADRID. - MONUMENTO DE VENEZUELA

En el salón de Columnas del Palacio Real ha estado expuesto el modelo del monumento que adjunto reproducimos y que el gobierno de Venezuela regala al Rey de España. Consiste el monumento, obra del escultor venezolano Lorenzo

González, en una esbelta pirámide de mármol que lleva escritos en una cara los nombres de los comisionados españoles y en otra las frases de Morillo y Bolívar en el histórico momento del abrazo:

«Castigue el cielo a los que no están animados de los mismos sentimientos de paz y amistad que nosotros.»  
«Este tratado será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra.»

En primer término, en el frente del monumento, hay las estatuas de Morillo y Bolívar abrazándose, y en la base, altos relieves que conmemoran los rasgos de la histórica jornada.

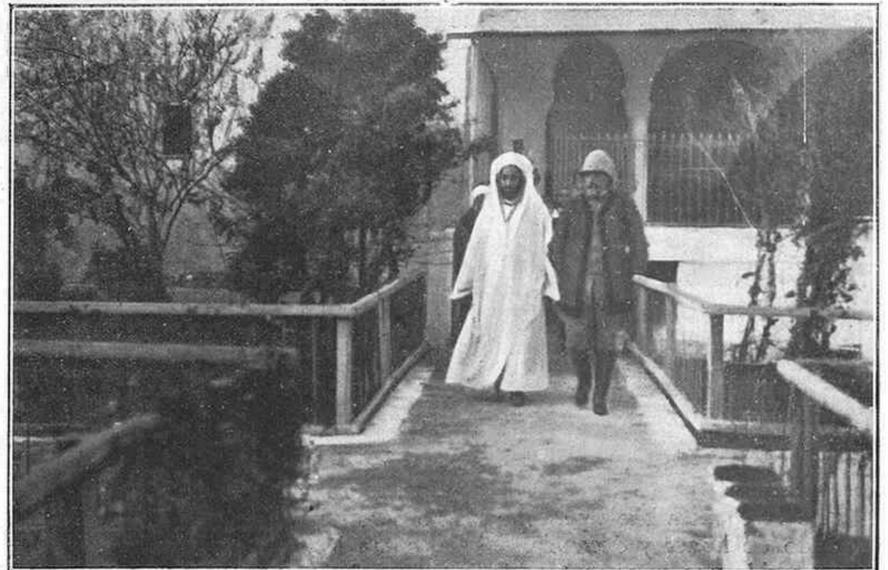
El monumento se erigirá en Venezuela en el corazón de las montañas andinas.

Para hacer entrega oficial del modelo a S. M. el Rey estuvieron hace pocos días en Palacio el ministro de Venezuela en Madrid, D. Bernabé Planas y el enviado especial del gobierno venezolano Dr. Cárdenas. El Sr. Planas dijo a S. M. que el obsequio del presidente de aquella República era una manifestación del sentimiento nacional de Venezuela, que tanto afecto profesa a la madre patria y tantas simpatías siente por D. Alfonso. El monarca agradeció el regalo y elogió la esbelta forma y pureza de líneas del monumento y la noble actitud de las figuras.

EL EXPRESIDENTE DE VENEZUELA SR. CASTRO EN NUEVA YORK

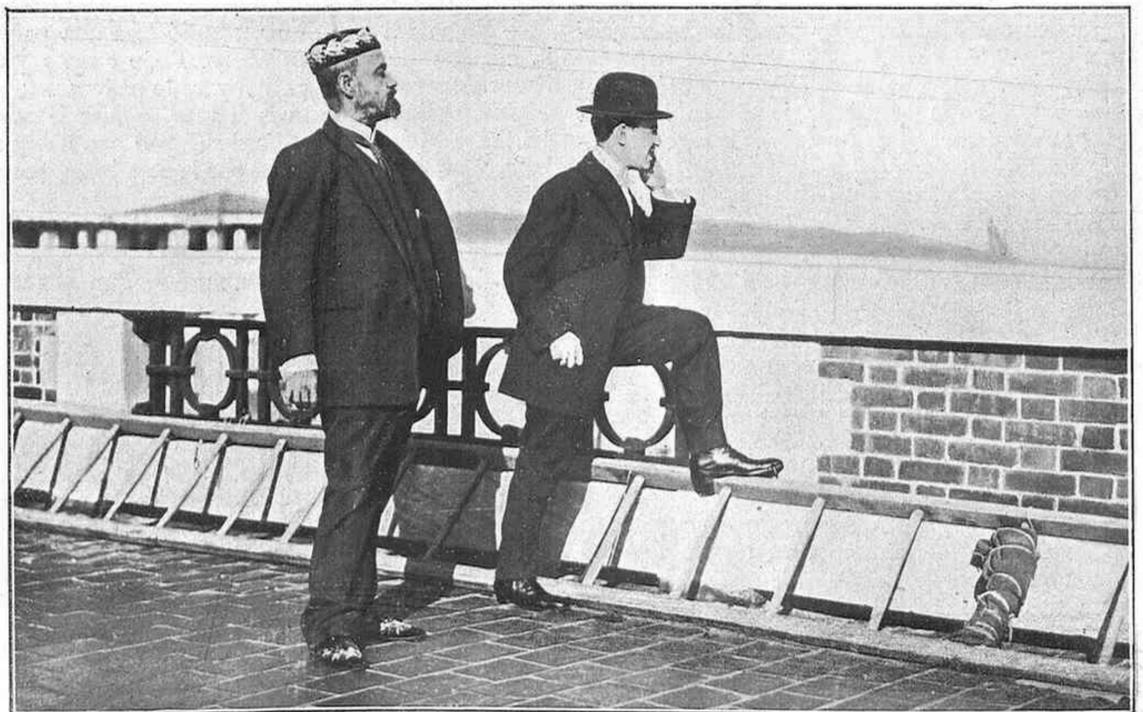
El expresidente Castro, que hace algunas semanas salió de Europa en el vapor *Touraine* con rumbo a los Estados Unidos, al llegar a Nueva York se vió obligado por la comisión de inmigración a desembarcar en la isla de Ellis, estación de inmigrantes, hasta tanto que, practicada una información, se resolviese si se autorizaba o no su permanencia en aquella República.

La autorización fué concedida, pero luego el tribunal la revocó ordenando que no se permitiese la salida del señor Castro de la isla de Ellis hasta ver el resultado de una segunda y más amplia información. La comisión encargada de practicar ésta ha determinado recientemente prohibir al expresidente la entrada en los Estados Unidos, fundando su determinación en que el Sr. Castro cometió un perjurio al declarar, en el curso de las investigaciones, que nada sabía respecto de asuntos que, por el contrario, conocía perfectamente. El expresidente, que no tiene el menor deseo de re-



Visita del general Alfau a Tetuán. - El general Alfau y el bajá en los jardines del antiguo palacio del Sultán. (Fotografía de A. Rectoret.)

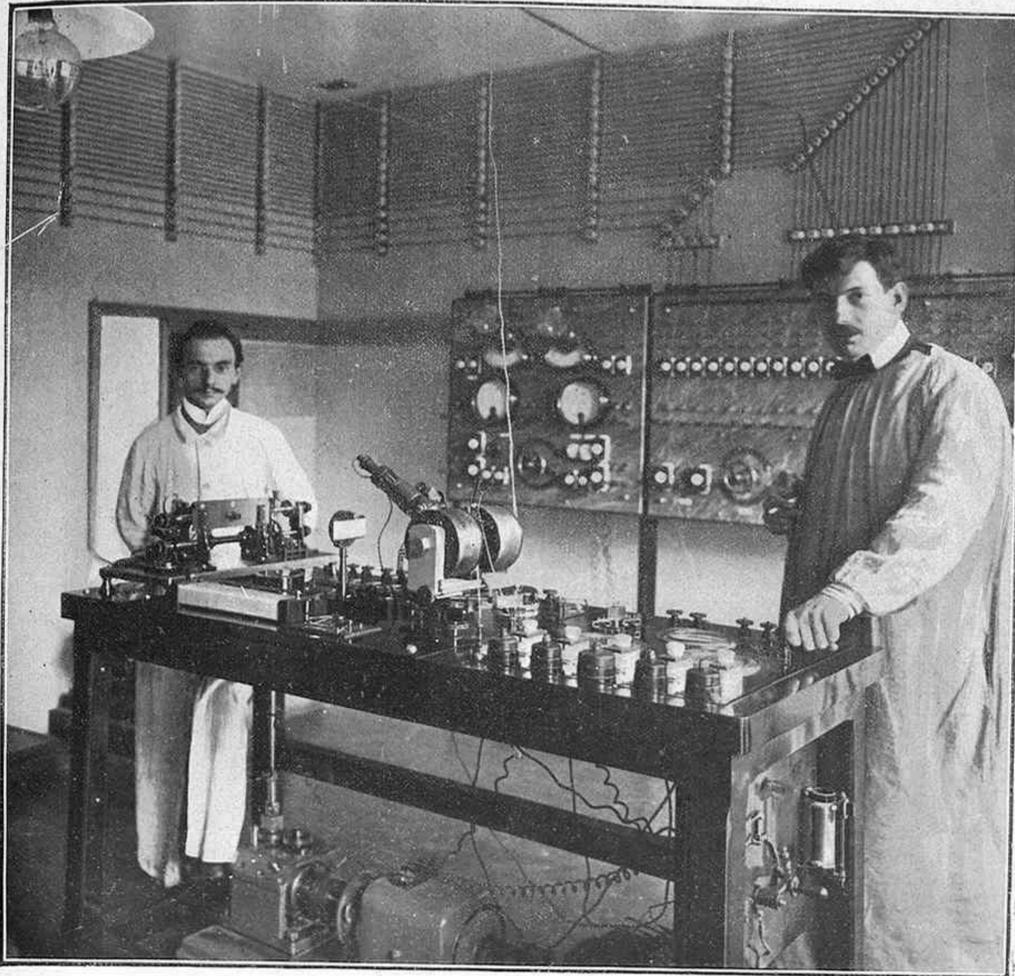
gresar a Europa y a quien para sus miras particulares conviene establecerse en los Estados Unidos, ha apelado de aquella resolución ante el ministerio de Comercio de Washington.



El expresidente de Venezuela Sr. Castro en Ellis-Island (Nueva York), en donde ha sido calificado de inmigrante «no deseable» por la policía de inmigración norteamericana. (De fotografía de Harlingue.)

TRANSMISIÓN DE LA FOTOGRAFÍA A GRANDES DISTANCIAS POR MEDIO DEL ALAMBRE TELEFÓNICO

EL INVENTO DE EDUARDO BELIN ENSAYADO CON GRAN ÉXITO ENTRE PARÍS Y BURDEOS. (Fotografías de Nouvelles-Photo.)



El aparato de fototelegrafía inventado por Eduardo Belin



Eduardo Belin en su laboratorio

Hace algunos años, varios inventores, entre ellos el conocido físico alemán Korn, habían conseguido transmitir fotografías a distancia sirviéndose de las líneas telegráficas, o aun mejor de las líneas telefónicas.

Los procedimientos entonces usados basábanse en el empleo del selenio, que tiene la curiosa propiedad de ser tanto más conductor de la electricidad cuanto más iluminado se halla.

En la estación de partida, el rayo de una lámpara eléctrica atravesaba sucesivamente todos los puntos de una película fotográfica que representaba el asunto que había de transmitirse y que estaba enrollada en un cilindro animado de un movimiento helicoidal. Este rayo, más o menos atenuado, según hubiese atravesado las sombras, las medias tintas o los blancos del clisé, impresionaba una plancha de selenio intercalada en el circuito telegráfico y de este modo engendraba en este circuito una sucesión de corrientes de intensidad proporcional a la resistencia mayor o menor que a su paso oponía el selenio, es decir, proporcional a los grados de iluminación de las diversas partes del clisé.

En la estación de llegada, estas corrientes variadas hacían funcionar un oscilador con espejo cuyos pequeñísimos movimientos obturaban más o menos, y en una cantidad rigurosamente proporcional a la intensidad de las corrientes recibidas, el rayo de otra lámpara eléctrica dirigido hacia la rendija de una cámara oscura, en cuyo interior se movía una hoja de papel sensible enrollada en un cilindro de diámetro igual al del cilindro de partida y animado de un movimiento de isocronismo perfecto con este último.

Las impresiones sucesivas recibidas de esta manera por cada uno de los puntos de la hoja sensible correspondían, pues, exactamente a la intensidad de las corrientes transmitidas y reproducían, por consiguiente, las sombras, las medias tintas y los blancos

del clisé de partida. Faltaba solamente desarrollar la hoja para obtener una imagen semejante a la de este clisé.

Este procedimiento presentaba diversos inconvenientes: en primer lugar, era preciso contar con la dificultad de componer células de selenio cuya conductibilidad eléctrica fuese constante; en segundo lugar, había que tener en cuenta la lentitud mayor o menor de esta substancia en transformar los rayos

dibujos entre la capital de Francia y Burdeos, por medio de la línea telefónica.

En cuatro minutos transmitiéronse varias pruebas que, a pesar de algunas imperfecciones de detalle, demostraron la bondad del sistema por el cual habían sido transmitidas y reproducidas.

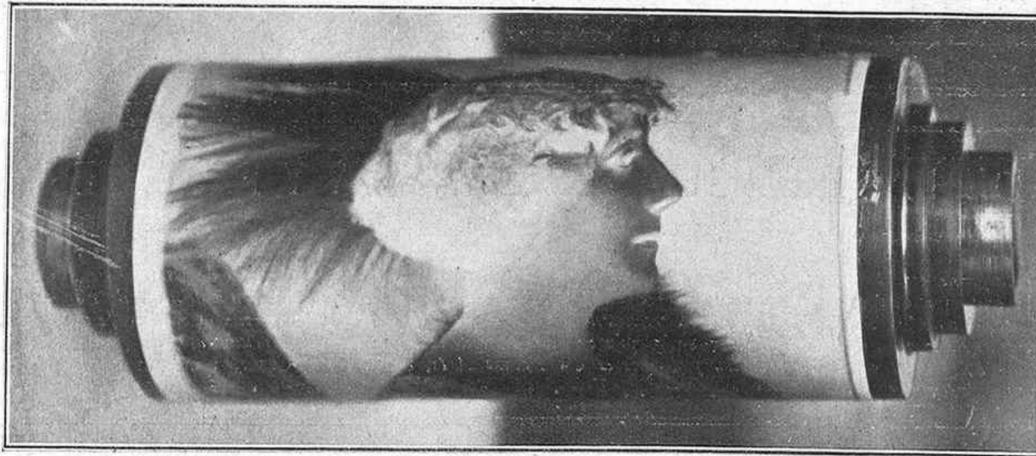
En estos experimentos las pruebas, de la dimensión de 13 X 18, transmitidas desde Burdeos por el aparato portátil, exigieron, en la estación de partida, una hora para la preparación del clisé en relieve y cuatro minutos para su transmisión.

El procedimiento inventado por Eduardo Belin excluye, ante todo, el empleo del selenio y utiliza, en la estación de partida, un clisé obtenido sobre gelatina bicromatada y que presenta, por consiguiente, partes en hueco y partes en relieve; el paso de un estilete sobre los diversos puntos de este clisé determina la variación de intensidad de las corrientes que son enviadas a la línea telefónica. Esta variación de intensidad de las corrientes es proporcional a los blancos, a los negros y a las medias tintas del clisé.

Además, con este procedimiento Belin se consiguen una regularidad y una rapidez de transmisión hasta el presente desconocidas, lográndose este resultado gracias a la substitución de la corriente continua por corrientes alternativas de alta frecuencia.

Finalmente, y este es uno de los puntos más interesantes del sistema por él inventado, el Sr. Belin ha construido un aparato de transmisión desmontable que sólo pesa ocho kilogramos y que puede ser adaptado instantáneamente a cualquiera estación telefónica.

Ocioso nos parece encarecer la importancia del invento de Eduardo Belin si, como se desprende de lo que dejamos descrito, los resultados hasta el presente obtenidos son tan satisfactorios como aseguran los que tuvieron ocasión de asistir a los ensayos efectuados en París y como demuestra la película que reproduce uno de los grabados adjuntos. — J,



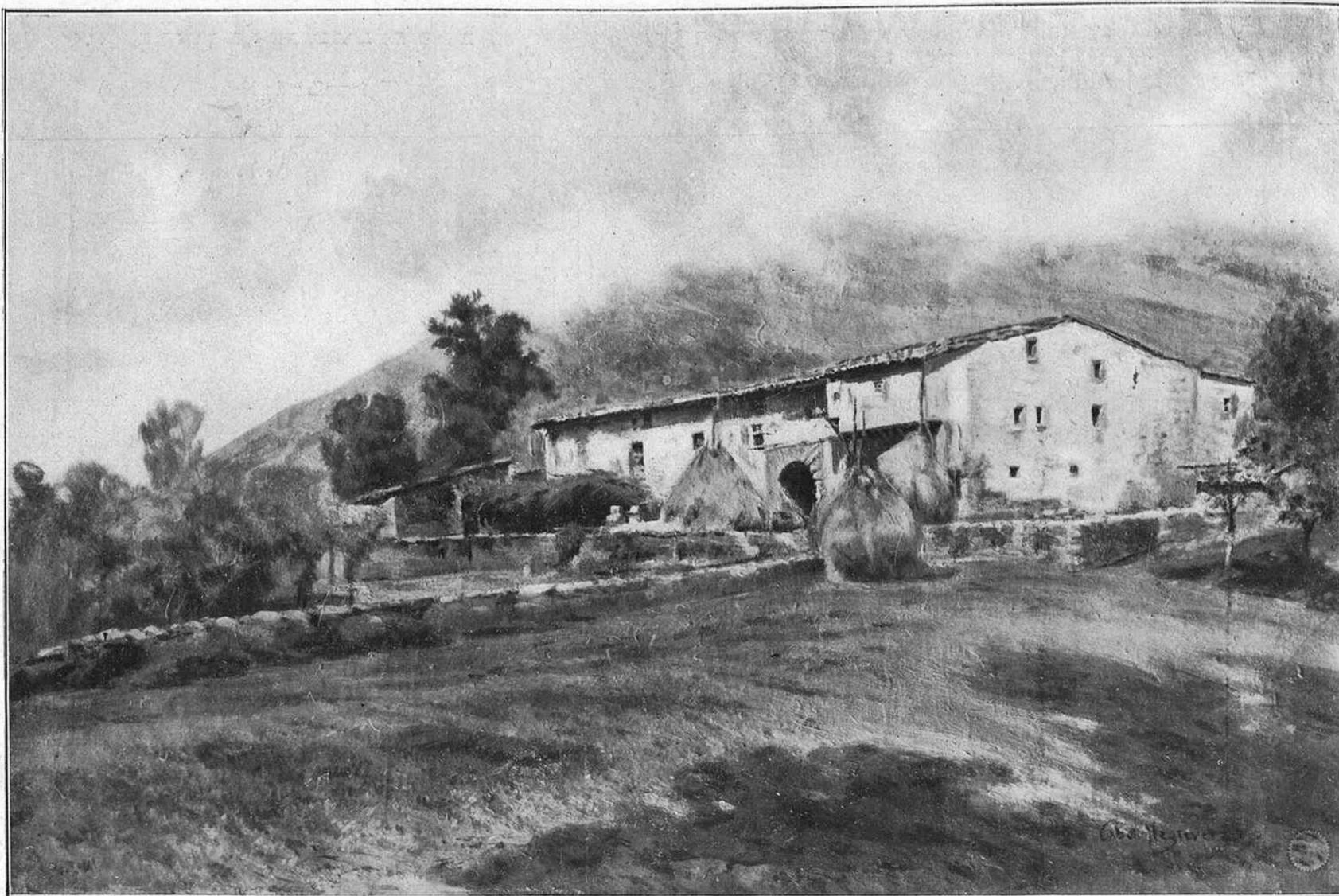
Película obtenida en cuatro minutos en los experimentos efectuados recientemente entre París y Burdeos con el aparato fototelegráfico inventado por Eduardo Belin

lumínicos en corrientes eléctricas; y finalmente debía contarse con las perturbaciones y las irregularidades bien conocidas de las corrientes continuas que se utilizan en las líneas telefónicas.

En estas condiciones, las transmisiones eran muy lentas y a menudo imperfectas, y a pesar de la ingeniosidad de los distintos sistemas, la fototelegrafía había continuado siendo una curiosidad puramente científica.

Un físico francés, Eduardo Belin, que ha estudiado desde hace tiempo la solución de tan interesante problema, ha construido recientemente nuevos aparatos susceptibles de hacer entrar la fototelegrafía en vías enteramente nuevas.

Hace pocos días Eduardo Belin hizo en su laboratorio de la calle de Lancette, de París, y en presencia de varios periodistas y hombres de ciencia, varios experimentos de transmisión de fotografías y



La masía, cuadro de Luis Cabot y Negrevernís. (Salón Esteva, Barcelona.)

Luis Cabot y Negrevernís sabe ver la naturaleza y no sólo sabe verla, sino que, además, siente hondamente toda su poesía. Sus paisajes son frescos, jugosos; hay en ellos ambiente, luz, aire, en una palabra, todos los encantos del natural embellecidos por una visión exquisita y ava-

lorados por una técnica excelente. Estas cualidades que tantas veces ha puesto de manifiesto el Sr. Cabot se han justificado una vez más en la exposición que hace poco celebró en el Salón Esteva y en la cual figuraba, entre otros, el bonito paisaje que adjunto reproducimos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LA VIDA DEL CAMPO. - Con este título ha comenzado a publicarse una interesante revista semanal de cultura e industrias agrícolas, minería, caza, higiene rural, turismo y deportes. Sobre todas estas materias publica notables trabajos, muchos de ellos con numerosos grabados; además, todos los números contienen cuatro páginas de novela con bellas ilustraciones.

nes. Suscríbese en Barcelona, en las librerías Verdaguier, Puig y Nacional y Extranjera, y en Madrid, en la de Hijos de Leocadio López. El precio de suscripción en España es de cuatro pesetas al mes.

DESDE ARRIBA, poema dramático por F. de Sorel y Rafael Trullenque. - Es una obra hondamente sentida, correctamente escrita y de verdadero interés dramático. Fué estrenada con buen éxito en el Teatro Apolo de Barcelona. Un folleto de 32 páginas impreso en Barcelona por A. Sobrino. Precio, 1 peseta.

DESDE «LA FALDA», por R. Monner Sans. - Como recuerdo de una estancia veraniega en La Falda (Sierras Cordobesas, República Argentina), nuestro querido colaborador Sr. Monner Sans ha reunido en un libro una colección de poesías escritas en presencia de aquella hermosa naturaleza. Son composiciones altamente inspiradas y llenas de bellísimos pensamientos; en todas ellas alienta el alma de un verdadero poeta que se desborda al contemplar las maravillas por Dios acumuladas en aquella privilegiada región. Un tomo de 156 páginas editado en Buenos Aires por Martín García.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Savá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, *las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada.* - Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. - *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être publiés à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. - Agréer, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. - Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROV.* - Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

**Instituto politécnico FRANKENHAUSEN** (Alemania)  
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

**CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

Reino de Sajonia.  
**Technikum Mittweida.**  
Director: Profesor A. Holtz.  
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

**SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS**  
LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRA - CAMBIO - VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

**Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano**

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.  
Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 255. Barcelona

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empíese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN